

UNIVERSIDAD NACIONAL  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
SISTEMA DE ESTUDIOS DE POSGRADO  
ESCUELA DE LITERATURA Y CIENCIAS DEL LENGUAJE  
MAESTRÍA PROFESIONAL EN TRADUCCIÓN

**AMERICAN WOMEN WRITERS,  
DE EILEEN BARRETT Y MARY CULLINAN**

Traducción e Informe de Investigación

Trabajo de graduación para aspirar al grado de Magíster en Traducción  
(Inglés - Español)

Francine Ocampo Rodríguez

Carné No. 980090-2

2004

*La traducción que se presenta en este tomo se ha realizado para cumplir con el requisito curricular de obtener el grado académico en el Plan de Maestría en Traducción, de la Universidad Nacional.*

*Ni la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje de la Universidad Nacional, ni la traductora, tendrán ninguna responsabilidad en el uso posterior que de la versión traducida se haga, incluida su publicación.*

*Corresponderá a quien desee publicar esa versión gestionar ante las entidades pertinentes la autorización para su uso y comercialización, sin perjuicio del derecho de propiedad intelectual del que es depositaria la traductora. En cualquiera de los casos, todo uso que se haga del texto y de su traducción deberá atenerse a los alcances de la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, vigente en Costa Rica.*

## DEDICATORIA

A Valeria y María Fernanda, porque han sido mi motivación para llegar hasta el final

## AGRADECIMIENTOS

De todo corazón a Alberto, por toda la ayuda que siempre me ha brindado para alcanzar esta meta. Gracias por su paciencia y las palabras de aliento. Gracias por estar conmigo en las buenas y en las malas.

A mis padres por preocuparse siempre por nuestro estudio pese a las dificultades económicas.

A Dios que me ha ayudado en los peores momentos enseñándome el camino.

## RESUMEN

El presente trabajo de graduación, el cual consta de una traducción y su correspondiente informe de investigación, es uno de los requisitos para optar por el grado de Magíster en Traducción (inglés-español) de la Universidad Nacional.

Este trabajo consta de varias secciones. En primer lugar, se presenta la traducción de tres cuentos que forman parte de una antología<sup>1</sup> de prosa escrita por mujeres estadounidenses hacia finales del siglo XIX y durante el siglo XX. Los cuentos traducidos son “The Revolt of Mother” de Mary Wilkins Freeman, “A Jury of Her Peers” de Susan Glaspell y “Holiday” de Katherine Anne Porter. El informe de investigación consta de cinco secciones: 1. la introducción y justificación en cuanto a la escogencia del texto y los temas investigados; 2. un análisis de los rasgos principales de cada cuento y las implicaciones de estos elementos en el proceso de traducción y el texto meta; 3. un estudio sobre la presencia de una gran cantidad de adverbios de modo en los textos narrativos en inglés y sobre cómo evitar el anglicismo de frecuencia en español al traducirlos; 4. una descripción de las variedades de lengua presentes en los textos originales; y finalmente 5. un método para reproducir las variaciones de la lengua original en la lengua meta.

### **Descriptores:**

Traducción • Traducción literaria • Literatura estadounidense • Narrativa estadounidense • Feminismo

---

<sup>1</sup> Barret, Eileen y M. Cullinan, eds. *American Women Writers: Diverse Voices in Prose since 1845*. Nueva York: St. Martin's Press, 1992.

## ÍNDICE GENERAL

Resumen.....	ii
Traducción	
La revolución de mamá.....	1
Juzgada por sus iguales.....	26
Vacaciones.....	61
Informe de investigación	
Introducción.....	84
Capítulo I: Análisis de texto.....	89
Capítulo II: Traducción de adverbios de modo en textos literarios.....	101
Capítulo III: Variedades de lengua en textos literarios.....	114
Conclusiones.....	130
Bibliografía.....	133
Apéndice: Texto original.....	138

# Traducción

## La revolución de mamá

(Mary Wilkins Freeman)

— ¡Papá!

— ¿Qué jué?

— ¿Pa qué están esos hombres cavando en el campo?

De repente, el rostro del viejo se alargó como si algo muy pesado colgara de él. Mantuvo la boca cerrada y continuó ajustando las guarniciones de la gran yegua baya. Apresurado, le colocó el collar de un tirón.

— ¡Papá!

El viejo dio un manotazo sobre la silla de montar de la yegua.

— Escuche, papá, quiero saber pa qué están cavando esos hombres en el campo y voy a averiguarlo.

— ¡Ay, Mamá! ¿Por qué no se va pa la casa a ocuparse de sus cosas? — dijo el viejo. Pronunciaba las palabras juntas; lo que decía era casi tan ininteligible como un gruñido.

Pero la mujer comprendía, era su lengua más primitiva.

— No voy a entrar a la casa hasta que usted me diga qué están haciendo esos hombres en el campo — dijo ella.

Y se quedó allí parada esperando una respuesta. Era una mujer pequeña, sin cintura, como un bebé en camión. La expresión de su frente era apacible y benevolente bajo los mechones grises. Alrededor de la nariz y la boca, mostraba

unas arrugas llenas de mansedumbre; pero sus ojos, que miraban fijamente al viejo, revelaban que esa sumisión era el resultado de su propia voluntad, jamás de la voluntad de otro.

Se encontraban en el granero frente a sus puertas abiertas de par en par. La brisa de la primavera, llena del olor del pasto nuevo y flores escondidas, soplaba en sus rostros. El campo frente a ellos estaba lleno de carretas y pilas de madera en desorden. En las orillas, cerca de la valla y la casa, el pasto era de color verde muy vívido y había algunas flores de diente de león.

El viejo lanzó una inflexible mirada a su esposa mientras ajustaba las últimas hebillas de las guarniciones. Ella le parecía tan inmovible que le recordaba las rocas en los pastos, arraigadas a la tierra cubiertas por miles de generaciones de zarzamoras. Tiró de las riendas y salió del granero.

— ¡Papá! — dijo ella. El viejo se detuvo.

— ¿Qué jué?

— Quiero saber pa qué están esos hombres cavando en el campo.

— Bueno, ya que tiene que saberlo, están cavando pa construir un sótano.

— ¿Un sótano pa qué?

— Pa un granero.

— ¿Un granero? ¡Ah, no, papá! ¿No me diga que usté va a hacer un granero en el terreno en dond' íbamos a construir la casa?

El viejo no respondió. Se apresuró a llevar la yegua hasta la carreta y salió del patio con gran estruendo, cabalgando con la vitalidad de un muchacho.

La mujer lo siguió con la mirada un momento; luego, salió del granero y cruzó por un rincón del patio hacia la casa. La casa, rodeada por un sin número de cobertizos y galerones y el gigantesco granero, era minúscula comparada con ellos. Tenía el espacio justo para sus habitantes, como las cajas de las palomas bajo los aleros del granero.

El rostro color rosa, delicado como una flor, de una hermosa muchacha se asomaba por una de las ventanas de la casa. Miraba a tres hombres que cavaban en el campo que limitaba con el patio cerca del camino. La muchacha se volvió en silencio cuando la mujer entró.

— ¿Para qué están cavando, mamá? — dijo ella — . ¿Te dijo?

— ‘tán cavando pa construir un sótano pa ... el nuevo granero.

— ¡Mamá, ¿no me digas que va a construir otro granero?

— Esu’es lo que dice.

Un chico se detuvo frente al espejo de la cocina para peinarse despacio y con cuidado y se acomodó el cabello en un elegante copete sobre la frente. Pareció no prestarle ninguna atención a la conversación de las mujeres.

— Sammy, ¿sabías que papá va a construir otro granero? — le preguntó la muchacha.

El chico continuó peinándose con esmero.

— ¡Sammy!

El chico se volvió. Tenía el rostro igual al de su padre bajo aquel suave montículo de cabello café. — Ajá, creo que sí — dijo a regañadientes.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó la madre.

—Como hace tres meses.

—¿Por qué no dijiste nada?

—No pensé que fuera buena idea decirlo.

—No entiendo para qué papá quiere otro granero —dijo la muchacha con su dulce y pausada voz. Volvió a mirar por la ventana y observó a los hombres que cavaban en el campo. Su suave y dulce rostro mostraba una ligera preocupación. Su frente era lisa y pura como la de un bebé y llevaba el cabello rubio amarrado hacia atrás, en una fila de rulos de papel. Era robusta, pero sus suaves curvas ocultaban sus músculos.

La madre miró al chico con severidad. —¿Va a comprar más vacas? —le preguntó.

El chico no contestó pues estaba amarrándose los zapatos.

—Sammy, quiero que me digas si va a comprar más vacas.

—Creo que sí.

—¿Cuántas?

—Cuatro, creo.

La madre guardó silencio. Entró a la despensa y se oyó un tintineo de platos. El chico tomó una gorra de un clavo detrás de la puerta, un viejo libro de aritmética del estante y partió hacia la escuela. Era menudo, pero desgarrado. Cruzó el patio con un brinco extraño en sus caderas que hacía ver su chaqueta, hecha en casa, torcida en la espalda.

La muchacha fue al fregadero y empezó a lavar los platos amontonados. Al instante, la madre salió de la despensa y apartó a la muchacha.

—Tú los secas —dijo ella—. Yo los lavo, hay muchos platos esta mañana. La mujer metió las manos en el agua con energía mientras su hija secaba los platos lentamente, como absorta en un sueño.

—Mamá, —dijo ella— ¿no crees que está muy mal que papá construya un nuevo granero sobretodo con lo que necesitamos una casa decente donde vivir?

La madre restregó un plato con furia.

—Ay, Nanny Penn, toavía no has caído en la cuenta de que somos mujeres —dijo ella—. No conoces a los hombres. Pronto te darás cuenta de que las mujeres sabemos solo lo que ellos creen que sabemos, siempre y cuando les convenga. Y que, debemos consideralos seres con autoridá divina y no quejarnos de ellos más de lo que nos quejamos del clima.

—No me importa. De todas maneras, no creo que George sea así —dijo Nanny, con su delicado rostro enrojecido y un leve puchero como si fuera a reventar en llanto.

—Nada más espera y verás. No creo que George Eastman sea distinto a los demás hombres. Aun así, no debes juzgar a papá. Él no puede evitar ser como es porque ve las cosas muy distintas a nosotras. Y, después de todo, hemos estao muy cómodos aquí. No hay goteras... nunca ha habido, salvo aquella vez, pero papá las cubrió.

—Desearía que la casa tuviera un salón.

– Bueno, no creo que a George Eastman le haga ningún daño venir a visitarte en una cocina agradable y limpia como ésta. Estoy segura que más de una muchacha no tiene un sitio tan bonito como éste. Yo nunca me he quejado.

– Yo tampoco me he quejado, mamá.

– Bueno, no creo que puedas quejarte del padre y de la casa que tienes. ¿Imagínate que papá te obligara a trabajar? Muchas niñas tienen que hacerlo y no es porque sean más fuertes o más hábiles que tú.

Sara Penn lavó el sartén con aire concluyente. Restregaba la parte exterior del sartén con el mismo afán que la parte interior. Era una excelente ama de casa, de su cajita de casa. La sala parecía nunca tener polvo, del que se produce por la fricción del tiempo sobre los objetos inanimados. Barría pero no parecía haber ninguna suciedad que recoger. Limpiaba y no se notaba la diferencia. Era como el artista cuya perfección sobrepasa el arte. Esta mañana, Sara había sacado un tazón y una tabla y había hecho unos pasteles. No había ni una pizca de harina en ella como se dedicara a labores más delicadas como las de su hija. Nanny iba a casarse en el otoño y por eso estaba bordando y cosiendo batistas blancas. Cosía incesantemente mientras su madre cocinaba. Sus suaves manos y muñecas, blancas como la leche, se veían aun más blancas que su delicado trabajo.

– Pronto vamos a tener que sacar la estufa a aquel cobertizo – dijo la señora Penn –. Hablando de no tener cosas, ha sido una bendición sacar la estufa durante el verano. Fue una gran cosa que papá arreglara aquella chimenea allá afuera.

Mientras preparaba los pasteles, el rostro de Sara Penn mostraba esa expresión de sumisa vitalidad característica de los santos del Nuevo Testamento. Estaba haciendo pasteles rellenos de fruta. Eran los preferidos de su esposo, Adoniram Penn. Los hacía dos veces por semana. A Adoniram le gustaba comerse un pedazo de pastel entre comidas. Esta mañana, Sara estaba apurada pues había empezado más tarde que de costumbre y quería tener por lo menos un pastel listo para el almuerzo. No importaba cuánto resentimiento tuviera contra su esposo, ella nunca hubiera dejado de atender diligentemente sus deseos.

La nobleza de carácter se manifiesta a través de las rendijas cuando no se le abren las puertas. La nobleza de Sara hoy se mostraba en bandejas de frescos pasteles. Así que Sara hizo los pasteles con esmero pese a que cuando apartaba la vista de su tarea, veía la escena que irritaba su paciencia y perturbaba la serenidad de su alma: los hombres cavando las bases del nuevo granero, en el terreno en el que Adoniram le prometió que construiría la casa hace cuarenta años.

Los pasteles estuvieron listos para el almuerzo. Adoniram y Sammy llegaron unos minutos después del mediodía. Comieron apresuradamente. Nunca había mucho de qué hablar en la mesa de los Penn. Adoniram bendijo los alimentos y comieron de prisa. Luego, se levantaron y todos volvieron a sus quehaceres.

Sammy volvió a la escuela con pasos largos y furtivos como un conejo. Quería jugar una partida de canicas antes de las clases y temía que su padre le

asignara alguna tarea. Adoniram corrió a la puerta y lo llamó, pero el chico ya iba lejos.

—Mamá, ¿por qué lo dejó irse? —dijo Adoniram—. Necesitaba que me ayudara a descargar una madera.

Adoniram se fue a descargar la madera en el patio. Sara recogió los platos del almuerzo mientras Nanny se quitaba los rulos de papel y se cambiaba el vestido. Tenía que ir a la tienda a comprar más materiales para su costura.

Después de que Nanny se había ido, la señora Penn salió a la puerta y llamó:

—¡Papá!

—¿Qué jué?

—Venga un momento.

—No pueo dejar esta madera aquí. Tengo qu'escargarla y ir por una carga de cascajo antes de las dos. Sammy tenía que ayudame. ¿Por qué lo dejó irse tan temprano pa la escuela?

—Es solo un minuto, papá.

—Mamá, ya le ije que no pueo.

—Venga, papá.

Sara Penn permaneció en la puerta con la compostura de una reina, con la cabeza erguida como si llevara una corona. Pero, a la vez, con una paciencia que hacía la autoridad de su voz absoluta. Adoniram accedió.

La señora Penn fue la primera en entrar a la cocina y señaló una silla.

—Siéntese, papá —dijo ella—. Tengo algo que decile.

Adoniram se sentó pesadamente. Su rostro lucía imperturbable, pero miraba a su esposa con inquietud.

—Bueno, ¿qué pasa, mamá?

—Papá, quiero saber pa qué está construyendo otro granero.

—No tengo naa que decir d'eso.

—¿No puee ser que usted crea que necesita otro granero?

—Mamá, ya le ije que no tengo naa que decir d'eso y no vo'a decir naa.

— ¿Qué es, que va a comprar más vacas?

Adoniram no respondió y guardó silencio.

—Yo sé que sí. Ponga atención, papá —Sara Penn no se había sentado y estaba de pie delante de su esposo con la humildad de una mujer de las escrituras—, voy'a hablale sinceramente como nunca le he hablao desde que nos casamos, pero hoy voy a hacelo. Nunca me he quejao ni voy a quejame ahora, pero tengo que hablale sinceramente. Papá, ve esta cocina. Véala bien. No tiene alfombra y el papel tapiz está too sucio y despegao. No lo hemos cambiao en diez años. Además, yo fui quien lo puso y cada rollo era baratísimo. Esta cocina, papá, es todo lo que he tenio pa trabajar, pa comer, pa sentarme desde que nos casamos. En too el pueblo, no hay una mujer que tenga un marido con la mitad del capital que usted tiene y viven mejor que yo. Esta cocina es too lo que Nanny tiene pa recibir a su prometio mientras que las demás muchachas tienen algo mejor aunque

sus padres no tengan los medios que usted tiene. Es too lo que tendrá pa la boda. Papá, ¿qué hubiera sentio usted si nuestra boda hubiera sido en un lugar como este? Recuerda que nos casamos en la casa de mi madre, en un salón alfombrado, con muebles forrados y una mesa de caoba. Pero esto es too lo que mi hija tiene pa su boda. ¡¿Ve, papá?!

Sara Penn cruzó la cocina como cruza el escenario un personaje de una tragedia. Abrió de golpe una puerta que revelaba un cuarto diminuto, apenas con espacio suficiente para una cama y una cómoda, con un pasillo en medio.

—Papá, este cuarto —dijo ella— es too lo que he tenío pa dormir en cuarenta años. Todos mis hijos nacieron allí, los dos que murieron y los dos qu'están vivos. Allí he pasao mis enfermedades. Se acercó a otra puerta y la abrió. Era la pequeña y oscura despensa.

—Éste —dijo ella— es too el espacio que he tenío pa los platos y pa guardar los víveres y los baldes de la leche. Papá, he cuidao la leche de seis vacas en este lugar y ahora usted va a construir otro granero y a comprar más vacas pa darme más trabajo con una despensa tan pequeña. Empujó otra puerta y apareció un tramo de angostas y torcidas escaleras en forma de caracol.

—Mire, papá —dijo ella—, quiero que vea las escaleras que llevan a las dos recámaras sin terminar que son too lo que nuestros hijos han tenio pa dormir en toa su vida. En too el pueblo, no hay una muchacha más hermosa y refinada que Nanny y eso es too lo que tiene por habitación. El establo del caballo es mejor que

el cuarto de Nanny, más caliente y protegido. Sara Penn se detuvo de nuevo ante su esposo.

—Papá, ahora quiero que me diga —dijo ella— si le parece correcto lo que está haciendo de acuerdo con lo que usted profesó. Aquí mismo, cuando nos casamos hace cuarenta años, usted me prometió que construiría una casa nueva en aquel terreno en el campo antes de que terminara el año. Usted dijo que tenía suficiente dinero y que no permitiría que yo viviera en un lugar como este. Ya han pasado cuarenta años, usted ha ganado más dinero y yo siempre he ahorrado, pero usted no ha construido la casa. Ha hecho galpones y establos para las vacas y un granero nuevo y ahora va a construir otro. Dígame, papá, ¿usted cree que eso está bien? Dale a los animales un albergue mejor que a su propia familia. ¿Usted cree que eso es correcto?

—No tengo nada que decir.

—Papá, no tiene nada que decir porque sabe que eso no está bien. Y hay una cosa más que no le he dicho. He soportado cuarenta años sin tener la casa y creo que esperaría otros cuarenta más si no fuera por Nanny. No puede vivir con nosotros después de casarse. Va a tener que irse a vivir lejos y, papá, no creo que yo pueda soportarlo. Nanny es débil. Tiene color en las mejillas, pero nunca ha sido fuerte. Siempre me he encargado de las tareas más pesadas. Ella sola no puede encargarse de una casa. Estaría agotada en menos de un año. ¡Imagínese la lavando y planchando y cocinando con esas manos, tan blancas y suaves, y barriendo! No puedo aceptarlo, papá, de ninguna manera.

El rostro de la señora Penn estaba enrojecido y sus apacibles ojos parecían de fuego. Había defendido su humilde causa lo mejor que pudo, usando las mejores palabras que conocía. En su discurso, Sara había pasado de un tono severo a un tono lastimoso, pero su adversario respondió con un silencio rotundo que aniquila la elocuencia convirtiéndola en ecos banales. Adoniram se puso de pie pesadamente.

—Papá, ¿no va a decir naa? —dijo la señora Penn.

—Tengo qu'ir a recoger esa carga de cascajo. No pueo quedarme todo el día conversando.

—¡Pero, papá, ¿no va a pensar en lo que le ije? ¿No va a construir la casa en lugar d'ese granero?!

—No tengo naa que decir.

Adoniram salió de la casa arrastrando los pies. La señora Penn entró al cuarto. Cuando salió, tenía los ojos enrojecidos. Traía un rollo de tela de algodón sin blanquear. Lo extendió sobre la mesa de la cocina y empezó a cortar unas camisas para su esposo. Esta tarde, los hombres que trabajaban en el campo contaban con la ayuda de unos caballos y podía oír sus gritos dirigiendo a las bestias. Sara tenía un sencillo patrón para las camisas y aún debía planear y ajustar las mangas.

Nanny regresó con los materiales para el bordado y se sentó a coser de nuevo. Se había quitado los rulos de papel y un suave rizo de cabello rubio caía sobre su frente como una aureola. Su rostro era fino y terso como la porcelana. De

repente, Nanny levantó la mirada y su rostro y cuello se enrojecieron ligeramente.

—Mamá —dijo ella.

—¿Sí?

—¿Cómo vamos a hacer la boda en esta cocina? ¡Qué vergüenza que no haya ningún invitado, solo los familiares de George.

—Podemos comprar papel pa las paredes y yo lo pondría. Además, ¿por qué te vas a avergonzar de lo que tienes?

—¿Por qué no hacemos la boda en el nuevo granero? —dijo Nanny revelando un leve fulgor de ira—. ¿Qué sucede, mamá, por qué me miras así?

La señora Penn miraba a Nanny con una expresión extraña. Reanudó su labor extendiendo cuidadosamente un patrón sobre la tela.

—Por naa —dijo ella.

Adoniram salió ruidosamente del patio en su carreta de carga de dos ruedas tan erguido y orgulloso como un guerrero romano. La señora Penn abrió la puerta y se quedó mirando hacia fuera un instante. Los gritos de los hombres se oían más fuertes.

A Sara le parecía que a lo largo de los meses de primavera no había oído otra cosa que los gritos de los peones y sonidos de serruchos y martillos. Pronto estuvo listo el nuevo granero. Era una edificación sobresaliente para aquel pequeño pueblo. Los hombres venían los domingos a admirar la construcción con sus trajes de reunión y camisas blancas. La señora Penn no decía nada del nuevo

granero y Adoniram tampoco le mencionaba nada; aunque en algunas ocasiones, cuando regresaba de sus inspecciones, podía verse que su dignidad estaba herida.

— ¡Qué raro que mamá no diga nada del nuevo granero! — le dijo un día a Sammy en confianza.

Sammy tan solo le respondió con un gruñido, extraño para un muchacho de su edad. Lo había aprendido de su padre.

Para la tercera semana de julio, el nuevo granero estaba listo. Adoniram había planeado pasar los animales el miércoles, pero el martes recibió una carta que cambió sus planes. Llegó con la carta temprano por la mañana.

— Sammy fue al correo — dijo él — y me trajo esta carta de Hiram.

Hiram era hermano de la señora Penn y vivía en Vermont.

— ¿Ah, sí? ¿Qué dice de la familia?

— Parece que toos están bien. Dice que si voy pueo comprar un caballo como los que a mí me gustan—. Adoniram miró pensativo el granero a través de la ventana.

La señora Penn estaba haciendo unos pasteles y continuó amasando la pasta con el rodillo pero estaba muy pálida y su corazón latía fuertemente.

— No sé si debu ir — dijo Adoniram—. No me gustaría ime ahora a medio recoger el heno. Bueno, pero ya 'stán cortaos los diez acres y Rufus y los otros pueden arreglárselas sin mí tres o cuatro días. Aquí no encuentro buenos caballos y me hace falta otro pa jalar madera en el otoño. Le pedí a Hiram que me avisara cuando supiera de un buen caballo. Mejor voy.

– Ya le alisto ropa limpia – dijo la señora Penn con calma.

Sara puso el traje de domingo y la ropa limpia de Adoniram sobre la cama del estrecho cuarto. Sacó la loción de afeitar y la navaja. Finalmente, le abotonó el cuello y le ajustó el corbatín negro.

Adoniram usaba cuello y corbatín solo en ocasiones muy especiales. Mantenía la cabeza erguida con dignidad despectiva. Ya listo, con su chaqueta y sombrero cepillados, y una merienda de pastel y queso en una bolsa de papel, Adoniram titubeó en el umbral de la puerta y miró a su esposa como disculpándose.

– Si traen las vacas hoy, que Sammy las lleve al granero nuevo – dijo él – y cuando traigan el heno, también pueden metelo ahí.

– ‘Ta bien – dijo la señora Penn.

Con su cara afeitada de frente, Adoniram salió de la casa. Apenas había bajado el escalón de la puerta y se volvió con una mirada de nerviosa solemnidad.

– Vuelvo el sábado si too sale bien – dijo él.

– Se cuía, papá – le respondió su esposa.

Ella y Nanny se quedaron en la puerta hasta que lo vieron desaparecer en la distancia. Los ojos de Sara tenían una expresión extraña e incierta; su frente, siempre serena, estaba contraída. Regresó a la cocina y continuó horneando. Nanny reanudó la costura. El día de la boda se aproximaba y Nanny empezaba a ponerse pálida y delgada de tanto coser. Su madre la observaba.

– ¿Has tenio dolor hoy? – le preguntó.

—Un poco.

A medida que la señora Penn realizaba los quehaceres, su rostro se transformó. Su frente, antes contraída, lucía serena, la mirada tranquila y los labios relajados. Ideó una máxima para sí misma, aunque incoherente con sus pensamientos iletrados: “El Señor nos señala el camino a través de las oportunidades que llegan sin pedir las”, se repetía Sara. Y así tomó la decisión de lo que haría.

“Si yo le hubiera escrito a Hiram”, se decía a sí misma mientras estaba en la despensa. “Supongamos que le hubiera escrito a Hiram y le hubiera pedido que nos avisara si sabía de algún buen caballo. Pero no jue así y no tengo naa que ver con que papá se haya ido. Parece una señal del cielo.” Sin darse cuenta, terminó sus reflexiones en voz alta.

—¿Qué dices, mamá? —dijo Nanny.

—Naa.

La señora Penn se apresuró a hornear. A las once en punto todo estaba listo. Los hombres traían la carga de heno lentamente por el camino hasta el nuevo granero. Cuando la señora Penn los vio, salió corriendo de la casa.

—¡Esperen!— gritaba — ¡Esperen!

Los hombres se detuvieron sorprendidos. Sammy se asomó por encima de la carga y se quedó mirándola.

—¡Deténganse! — volvió a gritar —. No pongan el heno en el nuevo granero, llévenlo al viejo.

—Pero Adoniram dijo que lo pusiéramos aquí —respondió uno de los peones, un joven, hijo de un vecino, a quien Adoniram había contratado todo el año para que lo ayudara en la granja.

—No pongan el heno en el nuevo granero. Hay suficiente espacio en el viejo, ¿verdad? —dijo la señora Penn.

—¿Suficiente? —respondió el joven con voz gruesa y pueblerina—. Si fuera por más campo, no había necesidad de construir uno nuevo. Bueno, supongo que cambió de parecer—. Tomó las riendas y se dirigieron al viejo granero.

La señora Penn regresó a la casa. Pronto se oscurecieron las ventanas de la cocina y un olor a miel cocida inundó la habitación. Nanny dejó su costura y preguntó:

—¿No es cierto que papá quería que pusieran el heno en el nuevo granero?

—No importa —contestó su madre.

Sammy bajó de la carga de heno y fue a la casa a ver si el almuerzo estaba listo.

—Como papá no está, no hice almuerzo —dijo su madre—. Dejé que el juego se apagara. Puedes comer pan y leche y pastel. Pensé que era suficiente para nosotros—. Puso unos tazones de leche, pan y un pastel en la mesa.

—Es mejor que almuercen ahora porque necesito que me ayuden más tarde.

Nanny y Sammy se miraron. Había algo extraño en el comportamiento de su madre. La señora Penn no comió nada. Entró a la despensa y mientras ellos comían, la oían moviendo platos y ollas. Salió con una pila de platos, sacó la

canasta de la ropa del cobertizo y los guardó en ella. Nanny y Sammy solo miraban lo que ocurría. Sacó tazas y cazuelas y las puso en la canasta con los otros platos.

—¿Qué vas a hacer, mamá? —preguntó Nanny con timidez. Una sensación de que algo extraordinario sucedería la hizo temblar, como si hubiera visto un fantasma. Sammy disimulaba fijando la vista en el pastel.

—Ya verás lo que voy'a hacer —respondió la señora Penn—. Nanny, si terminaste, quiero que vayas arriba y recojas tus cosas. Y tú, Sammy, quiero que me ayudes a sacar la cama del cuarto.

—Mamá, ¿para qué? —dijo Nanny con voz entrecortada.

—Ya verás.

Durante las horas siguientes, esta sencilla y piadosa madre de Nueva Inglaterra realizó una proeza comparable al asalto del general James Wolfe en las planicies de Abraham en la ciudad de Quebec. Wolfe no requirió más ingenio, audacia y valentía para animar a sus perplejos soldados a subir aquellos empinados precipicios mientras el enemigo dormía, que Sara Penn para dirigir a sus hijos en la mudanza de sus pequeños muebles y enseres al nuevo granero durante la ausencia de su esposo.

Nanny y Sammy seguían las instrucciones de su madre sin replicar, completamente sumisos. Y es que, en decisiones tan originales como la de su madre, existe cierto misterio y cierto poder sobrehumano. Nanny iba y venía con pequeñas cargas mientras que Sammy arrastraba lo más pesado con modesta energía.

A las cinco en punto de la tarde, la pequeña casa donde la familia Penn había vivido durante cuarenta años se había vaciado completamente en el nuevo granero.

Nadie sabe para quién trabaja. Pese a que el arquitecto que diseñó el granero de Adoniram Penn lo hizo pensando en la comodidad de los animales, sin saberlo había planeado un lugar perfecto para la comodidad de la gente. Fue suficiente un vistazo para que Sara Penn pudiera ver todas las posibilidades. Aquellos grandes compartimentos de los establos, con colchas, serían mejores cuartos que el que ella tuvo durante cuarenta años y, además, había un aposento para los carruajes bien cerrado. El cuarto de las guarniciones, con su chimenea y estantes, sería la cocina que siempre había deseado. El gran espacio en el centro sería el salón, digno de un palacio. Arriba había el mismo espacio que abajo. Con divisiones y ventanas, ¡sería una casa perfecta! Sara observó la fila de puntales ante el espacio designado para las vacas y decidió que ese sería el frente de la casa y la entrada principal.

A las seis en punto, la estufa estaba instalada en el cuarto de las guarniciones, la cafetera hervía y la mesa estaba lista para el té. Se veía casi tan acogedor como la pequeña casa, ahora abandonada al otro lado del patio. El joven contratado por Adoniram ordeñó las vacas y Sara, con toda naturalidad, le pidió que trajera la leche al nuevo granero. Estaba boquiabierto; era tal su asombro, que iba derramando sobre el pasto borbollones de espuma de los baldes rebosantes de leche. Antes del amanecer del día siguiente, el joven les había contado a todos en la villa que la esposa de Adoniram Penn se había mudado al nuevo granero. Los

hombres se reunían en la tienda para discutir el asunto; las mujeres, sin terminar sus quehaceres, cubriéndose la cabeza con una estola, iban a toda prisa a casa de las vecinas. Cualquier alteración al curso ordinario de la vida en aquel tranquilo pueblo era motivo suficiente para detenerlo todo. El pueblo entero se detuvo para juzgar la acción de aquella mujer. Había diferencia de opiniones: algunos creían que se había vuelto loca, otros, que su espíritu era de naturaleza rebelde.

El viernes por la mañana el pastor fue a verla. Sara se hallaba en la puerta del granero desvainando guisantes para el almuerzo. Levantó la mirada, respondió al saludo del pastor con dignidad y prosiguió con su tarea. No lo invitó a pasar. Pese a que la expresión de santidad en su rostro no se alteró, había en él una ráfaga de ira.

El pastor se quedó de pie frente a ella y habló. Mientras tanto, Sara manipulaba los guisantes como si fueran balas. Finalmente, levantó la mirada y sus ojos reflejaban ese espíritu que su mansa frente siempre había encubierto.

—No desperdicie su tiempo, señor Hersey —dijo ella—. Lo'e pensao mucho y creo que estoy haciendo lo correcto. Lo'e puesto en mis oraciones y es un asunto entre el Señor, Adoniram y yo. Nadie más tiene que opinar.

—Bueno, señora Penn, claro, si lo ha puesto en oración y realmente siente que lo que está haciendo es lo correcto... —dijo el pastor algo indeciso. Su rostro, delgado y cubierto de barba gris, era patético. El señor Hersey era un hombre enfermizo que había perdido la confianza de los años mozos. A menudo, debía hacer un gran esfuerzo para cumplir con algunos de sus deberes pastorales pues

era tan severo consigo mismo como un ascético católico. Y, finalmente, era derrotado por los más listos.

–Creo qu'esto es tan correcto como cuando nuestros antepasados salieron de su país porque no lograban obtener lo que les pertenecía – dijo la señora Penn y se puso de pie. Por el porte de aquella valiente mujer, el umbral del granero debió de haber parecido la roca de Plymouth y ella uno de los primeros peregrinos.

–Señor Hersey, estoy segura que usted tiene buenas intenciones – dijo ella – , pero hay asuntos en los que las demás personas no deben opinar. He sido miembro de la iglesia durante más de cuarenta años. Tengo mis creencias y puedo tomar mis propias decisiones y actuar como mejor me parezca y nadie, solo el Señor, tiene derecho de decirme que debo hacer. ¿No va a pasar? ¿Cómo está la señora Hersey?

–Bien, gracias –contestó el pastor aún perplejo. Añadió algunas otras observaciones a modo de excusa y, luego, se marchó.

En el estudio de los personajes de las Sagradas Escrituras, el señor Hersey era capaz de explicar las mayores complejidades; conocía bien la historia de sus antepasados, los peregrinos, y de muchos otros pioneros, pero Sara Penn sobrepasaba su comprensión. Podía lidiar con casos primarios, pero los casos complejos lo confundían. Aun así, y pese a que estaba fuera de su competencia, al pastor le preocupaba más la reacción de Adoniram Penn a su regreso que los asuntos del Señor. Todos en la villa compartían la misma preocupación. Cuando trajeron las cuatro vacas que Adoniram había comprado, Sara ordenó que llevaran tres de ellas al viejo granero y la otra, al cobertizo de la casa donde había estado la

estufa por tantos años. Esto hizo estallar la conmoción y la gente murmuraba que las cuatro vacas fueron albergadas en la casa.

Al atardecer del sábado, cuando se esperaba el regreso de Adoniram, un grupo de hombres se reunió en el camino cerca del nuevo granero. El joven que trabajaba para Adoniram ya había ordeñado pero se quedó en los alrededores. Sara tenía la cena lista: pan moreno, frijoles horneados y pastel de crema. Era la cena preferida de Adoniram los sábados. Sara llevaba puesto un calicó y hacía sus quehaceres tranquilamente. Nanny y Sammy permanecían cerca de ella, con ojos muy abiertos. Nanny tenía temblores repentinos de nervios. Sin embargo, era mayor la emoción de los hijos que cualquier otro sentimiento. Se imponía una especie de confianza instintiva en la madre. Sammy miró por la ventana de la nueva cocina.

—¡Ya llegó! —anunció en voz baja y temerosa. Él y Nanny observaban lo que sucedía a escondidas. Vieron que Adoniram dejó el caballo recién comprado en la trocha y se dirigió a la puerta de la casa, pero la halló cerrada. Entonces, dio la vuelta para entrar por el cobertizo. La puerta trasera casi nunca se cerraba, ni siquiera cuando la familia salía. De repente, Nanny recordó la vaca y se preguntaba cuál sería la reacción del animal al ver a Adoniram. Un sollozo de terror se desprendió de su garganta. El viejo salió del cobertizo y se quedó mirando a su alrededor aturdido. Movía la boca diciendo algo, pero no podían escucharlo. El joven que trabajaba para Adoniram espiaba desde un rincón del viejo granero, pero nadie lo vio.

Adoniram tomó al caballo por el freno y se dirigió al nuevo granero. Nanny y Sammy se acercaron furtivamente a su madre. Las puertas del granero se abrieron y apareció Adoniram, con la larga y mansa cara del gran caballo canadiense asomándose sobre su hombro.

Nanny se quedó detrás de su madre, pero, de pronto, Sammy se adelantó y se paró delante de ella. Adoniram clavó la mirada en ellos.

—¿Qué demonios hacen toos aquí? —dijo él—. ¿Qué ocurrió en la casa?

—Vinimos a vivir aquí, papá —respondió Sammy con voz aguda y temblorosa, pero con valentía.

—Pero... —Adoniram aspiró —¿Por qué huele a comida? —dijo él. Entró y miró a través de la puerta del cuarto de las guarniciones. Luego, miró a su esposa con rostro pálido y asustado.

—¿Qué demonios pasa aquí, mamá? —dijo con voz entrecortada.

—Venga, papá —dijo Sara, lo llevó al cuarto de las guarniciones y cerró la puerta. —Papá —dijo ella—, no se asuste, no estoy loca. No hay razón pa' lterase. Hemos decidido venir a vivir aquí y así vamos a hacelo. Tenemos el mismo derecho a estar aquí que los nuevos caballos y las vacas. No podíamos vivir más tiempo en la casa y decidí que no m'iba a quedar ahí. He cumplio mis obligaciones con usted durante cuarenta años, y seguiré haciéndolo, pero aquí es donde voy a vivir. Va a tener que hacer algunas ventanas y poner divisiones y comprar muebles.

—¡Pero, mamá! —apenas logró balbucear el viejo.

—Mejor se quita la chaqueta y se lava. Allá está el cuenco pa lavase. Y después d'eso comemos.

—¡Pero, mamá!

El viejo vio a Sammy por la ventana cuando llevaba el nuevo caballo al viejo granero. Adoniram movió la cabeza con un gesto de desaprobación sin poder decir nada. Intentó quitarse la chaqueta pero parecía que sus brazos habían perdido la fuerza. Sara lo ayudó, vertió un poco de agua en el cuenco de metal y puso un trozo de jabón. Después de que Adoniram se había aseado, Sara trajo un peine y un cepillo y desenredó el pelo ralo y gris del viejo. Luego, puso los frijoles, el pan caliente y el té sobre la mesa. Sammy entró y la familia se reunió para cenar. Adoniram se sentó y miró aturdido el plato de comida. Los demás esperaron.

—Papá, ¿no va'cer la oración? —dijo Sara.

El viejo inclinó la cabeza y dijo algo entre dientes.

Durante la cena, Adoniram dejaba de comer de cuando en cuando y observaba disimuladamente a su esposa. Aun así, comió bien. Le gustaba la comida casera y era tan robusto y saludable que sus emociones no lograban afectar su cuerpo. Sin embargo, después de la cena, salió y se sentó en el escalón de la puerta más angosta, en el costado derecho del granero, y apoyó la cabeza en las manos. Había mandado hacer aquella puerta para que las vacas entraran en una fila majestuosa, pero Sara ya había decidido que esa sería la puerta del frente de la casa.

Después de lavar los platos de la cena y los baldes de la leche, Sara salió a buscarlo. El crepúsculo avanzaba y un arrebol cruzaba el cielo. Ante ellos, se extendía la vasta y plana superficie de los campos. En la distancia, se divisaban pilas de heno que semejaban las chozas de una villa. El viento era fresco, calmo y dulce. El paisaje era un ideal de paz y tranquilidad. Sara se inclinó y tocó el hombro delgado y compacto de su esposo.

— ¡Papá!

Los hombros del viejo temblaban: estaba sollozando.

— Papá, no se ponga así — dijo Sara.

— Pondré...las divisiones...y too...lo que usted quiera, mamá.

Sara se cubrió el rostro con el delantal sobrecogida por su propio triunfo.

Adoniram era como una fortaleza cuyos muros se derrumbaron al usar las herramientas correctas.

— Mamá — dijo él con voz ronca —, no sabía lo importante que era pa usted hasta que esto sucedió.

**1891**

## Juzgada por sus iguales

(Susan Glaspell)

Cuando Marta Hale abrió la puerta protectora y el viento del norte caló en sus huesos, corrió a traer su bufanda de lana. Mientras se cubría la cabeza, echó un vistazo a su cocina bastante preocupada. No era algo ordinario lo que la apartaba de sus quehaceres. Es posible que nunca hubiera ocurrido algo semejante en el condado de Dickson. La perturbaba dejar su cocina desordenada: los ingredientes del pan listos para mezclar y solo la mitad de la harina cernida.

Detestaba ver las cosas a medias, pero justo cuando estaba preparando el pan, llegó un carruaje del pueblo a recoger a su esposo y el alguacil entró de prisa y dijo que su mujer quería que la señora Hale también viniera con ellos. Con una sonrisa burlona, el alguacil agregó que seguramente su esposa empezaba a ponerse nerviosa y quería que otra mujer la acompañara. Esa era la razón por la que Marta había dejado su tarea sin terminar.

—¡Marta! —se oyó la voz impaciente de su esposo—, no hagas esperar a esta gente aquí con tanto frío.

Salió y se unió al grupo conformado por tres hombres y una mujer que la esperaban en el gran carruaje de asiento doble. Después de cubrirse bien con las mantas, Marta observó de nuevo a la mujer sentada a su lado en el asiento de atrás. Había conocido a la señora Peters el año anterior en la feria del condado y lo que recordaba era que ella no lucía como la esposa de un alguacil. Era pequeña, delgada y de voz débil. La señora Gorman, la esposa del alguacil anterior, tenía

una voz que parecía respaldar la ley con cada palabra. Pero, aun cuando la señora Peters no parecía la esposa de un alguacil, Peters, por sí solo, se hacía respetar. Era del tipo de hombre que podía ser elegido como alguacil tan solo por su aspecto. Era robusto, de voz fuerte y sumamente ingenioso en cuanto al cumplimiento de la ley, al punto que parecía poseer una habilidad innata para distinguir entre quienes eran criminales y quienes no lo eran. En ese preciso momento, Marta cayó en la cuenta de que ese hombre, tan agradable y jovial con todos ellos, se dirigía a la casa de los Wright en calidad de Alguacil.

—El campo no es muy agradable en esta época del año —dijo al fin la señora Peters, como si se sintiera obligada a conversar al igual que los hombres en el asiento delantero.

Marta apenas pudo finalizar su respuesta pues habían llegado a lo alto de una colina desde donde podía verse la casa de los Wright y la vista de aquel lugar la dejaba sin palabras; se veía tan solitario esta fría mañana de marzo. Siempre había sido un lugar solitario. La casa se hallaba en una hondonada y los álamos que la rodeaban también lucían solitarios. Los hombres miraban la casa y hablaban de lo ocurrido. El fiscal del condado, apoyado sobre un costado del carruaje, miraba fijamente el lugar a medida que se acercaban.

—Me alegra que viniera conmigo —dijo la señora Peters con voz nerviosa mientras seguían a los hombres para entrar a la casa por la puerta de la cocina.

Ya en el escalón de la entrada y con su mano en la perilla de la puerta, Marta sintió durante un instante que no podía cruzar aquel umbral. Y la razón por la que

no podía hacerlo era sencillamente porque nunca antes había entrado a aquella casa. Muchas veces lo había pensado “Debo ir a visitar a Minnie Foster”. Todavía pensaba en ella como Minnie Foster pese a que desde hace veinte años se había convertido en la señora Wright. Pero siempre había algo que hacer y Minnie Foster se esfumaba de su mente. Qué irónico que hoy sí pudo venir.

Los hombres se acercaron a la estufa. Las mujeres se quedaron juntas cerca de la puerta. El joven Henderson, el fiscal del Condado, se volteó y les dijo:

—Acérquense al fuego, señoras.

La señora Peters dio un paso, pero se detuvo al instante y dijo:

—No tengo...frío.

Las dos mujeres permanecieron cerca de la puerta, sin ni siquiera mirar mucho la cocina.

Los hombres alabaron durante unos minutos la gran idea del alguacil de enviar a su oficial aquella mañana a encender el fuego para cuando ellos llegaran. Luego, el alguacil se apartó de la estufa, se desabotonó el abrigo y apoyó las manos sobre la mesa como si así marcara el inicio de las actividades oficiales.

—Bien, señor Hale —dijo en un tono semioficial—, antes de que revisemos el lugar, cuénteles al señor Henderson exactamente qué vio cuando vino aquí ayer por la mañana.

El señor Henderson inspeccionaba la cocina.

—Por cierto —dijo Henderson—, ¿han cambiado algo de lugar?

Y dirigiéndose al alguacil le preguntó:

—¿Todo está tal como lo dejó ayer?

Peters recorrió la cocina con la vista: de la alacena al fregadero y del fregadero a una vieja y pequeña mecedora a un lado de la mesa.

—Todo está igual.

—Alguien debió de haberse quedado vigilando ayer.

—Ah, sí, ayer —respondió el alguacil como si ayer fuera más de lo que uno puede manejar—. Tuve que enviar a Frank al local de Morris para atender el caso de aquel hombre enfurecido. No te imaginas lo ocupado que estuve ayer. Sabía que seguramente regresarías de Omaha hoy, George, y como yo mismo revisé todo.

—Bueno, señor Hale —dijo el fiscal dejando ver que lo pasado, pasado—, dígame exactamente qué sucedió cuando usted llegó aquí ayer por la mañana.

Marta, aún apoyada en la puerta, tuvo esa sensación de temor que siente la madre cuyo hijo está a punto de declamar un poema. A menudo, cuando Lewis contaba una historia, daba mil vueltas y enredaba las cosas. Marta esperaba que, por esta vez, su esposo contara lo sucedido sin rodeos y sin decir cosas innecesarias que solo empeorarían la situación para Minnie Foster. Lewis no habló de inmediato y Marta notó que se veía un poco extraño como si el estar en aquella cocina y tener que contar lo que había visto allí el día anterior lo hiciera sentirse descompuesto.

—Bien, señor Hale —insistió el fiscal.

—Harry y yo llevábamos un cargamento de patatas al pueblo —así empezó el señor Hale su relato.

Harry era el hijo mayor de los Hale, pero no estaba con ellos esta mañana por una muy buena razón: el cargamento de patatas no había llegado a su destino el día anterior, así que Harry tuvo que ir esta mañana al pueblo. Por eso no estaba en casa cuando el alguacil llegó a pedirle al señor Hale que los acompañara a la casa de los Wright, para que le contara lo sucedido al fiscal del condado allí mismo, en donde pudiera contar todo con lujo de detalle. Además de todas las otras emociones que intranquilizaban a Marta, vino la preocupación de que Harry no se hubiera abrigado bien. Ninguno se había percatado de lo congelado que estaba el viento del norte esta mañana.

—Venimos por este camino —continuó Lewis mientras señalaba el mismo camino que habían transitado hace solo unos minutos— y apenas vemos la casa, le digo a Harry: “Vo’a ver si pueo convencer a John Wright de que compre una línea de teléfono.” —Es que —le explica a Henderson—, si no consigo a alguien más que quiera un teléfono, la compañía no va a venir por este camino rural, excepto por un precio muy alto que yo no pueo pagar. Ya yo había hablao una vez d’eso con Wright, pero no estuvo de acuerdo y ijo que, de toas maneras, la gente habla demasio y too lo que él quería era paz y tranquilidad. Me imagino que usted sabe que malo era pa hablar. Pero yo pensé que tal vez si iba hasta la casa y hablaba del asunto delante de la esposa de Wright y le decía que a las mujeres les encanta tener teléfono y que en ese camino tan apartao sería una gran cosa. Bueno, le ije a Harry

qu'eso era lo que le iba a decir aunque también le ije que no estaba muy seguro de que a John le importara lo que su esposa quisiera.

“¡Ay, Dios mío, ya empezó a decir cosas innecesarias!”. Marta trató de llamar su atención haciéndole gestos con la mirada, pero por suerte el fiscal lo interrumpió.

—Señor Hale, es mejor hablar de eso más tarde. Me interesa, pero en este momento me urge saber qué pasó cuando usted llegó aquí.

Esta vez, Lewis empezó su relato con mucha prudencia y cuidado.

—No se vía ni se oía naa. Llamé a la puerta pero nadie contestó. Yo sabía que tenían que estar despiertos porque ya eran pasáas las ocho. Entonces toqué más fuerte y me pareció oír a alguien diciendo “Pase”. No estaba muy seguro, es más, toavía no estoy muy seguro, pero abrí la puerta, esta puerta —Lewis señaló la puerta de la cocina donde se encontraban las dos mujeres—. Y allá, en aquella meceora —señalándola—, estaba sentada la señora Wright.

Todos contemplaron la mecedora y Marta pensó que aquella silla no parecía ser de Minnie Foster, la Minnie Foster que conoció hace veinte años. Era de un rojo oscuro deslustrado con el respaldo hecho de tres piezas de madera, pero faltaba la del medio y, además, estaba torcida hacia un lado.

—¿Cómo lucía la señora Wright? —preguntó el fiscal.

—Bueno —dijo Lewis—, se vía extraña.

—¿Qué quiere decir con *extraña*?

Mientras preguntaba, el fiscal sacó una libreta y un lápiz. Eso no le gustó nada a Marta y mantuvo la mirada fija en su esposo como para evitar que dijera algo innecesario que se anotaría en aquella libreta y ocasionaría más problemas.

El señor Hale habló con cautela como si a él tampoco le hubiera gustado ver aquella libreta.

—Bueno, como si no supiera qué iba a hacer y como...agotaa.

—¿Cómo reaccionó ella al verlo llegar?

—Bueno, yo creo que no le importó. No me puso mucha atención. Le dije “¡Buenas, señora Wright! ¡Qué frío qu’está, ¿verdad?!”. Y ella me dijo “¿De veras?” y siguió haciéndole pliegues al delantal.

—Me extrañó que no me dijera que me acercara a la estufa o que me sentara. Se quedó así sin volverme a ver. Entonces le dije “Quiero hablar con John”. Y ella se...rió. Bueno, me supongo que fue como una risa.

—Como Harry y los animales estaban esperando afuera en el frío, le dije un poco impaciente, “¿Puede llamarme a John?”. Me dijo “No”, así como sin fuerzas. Entonces, le pregunto “¿No está?”. Ella me miró y dijo “Sí, sí está”. “Entonces, ¿por qué no me lo llama?”, le pregunté ya desesperado. “Porque está muerto”, me dijo, igual de tranquila y rendida y siguió haciéndole pliegues al delantal. Y como quien no puede creer lo que acaba de escuchar, le dije “¿Muerto?!”.

—Solo movió la cabeza para contestar, sin exaltarse para nada, y siguió meciéndose.

“¡Pero, ¿ónde está?!,” —le dije, porque no hallaba ni qué decir.

—Simplemente señaló arriba, así —imita el gesto señalando el cuarto de arriba.

—Subí con la idea de ir a ver que pasaba. Pero, luego, no supe qué hacer. Caminaba de aquí pa allá y luego le pregunté “¡Pero, ¿de qué murió?”.

Ella ijo —De una cuerda arrollada en el cuello —y siguió haciéndole pliegues al delantal.

El señor Hale se detuvo y se quedó mirando la mecedora como si todavía pudiera ver a la mujer que vio allí sentada la mañana anterior. Nadie dijo nada; era como si todos pudieran ver a la mujer que se sentaba allí la mañana anterior.

—¿Y qué hizo usted? —Por fin el fiscal del condado rompió el silencio.

—Salí y llamé a Harry porque pensé que podría necesitar ayuda. Entramos y subimos—. Casi susurrando, Lewis dijo: —Y allí estaba él sobre la...

—Preferiría que me cuente eso allá arriba —dijo el fiscal—, en donde pueda describir todo con detalle. Por ahora continuemos con el resto de la historia.

—Bueno, lo primero que pensé fue quitarle esa cuerda. Se vía...

Se detuvo y el rostro le temblaba.

—Pero Harry se le acercó y me ijo “No, ya está muerto y es mejor que no toquemos nada”. Entonces, bajamos.

—Ella estaba igual, allí sentada. “¿Ya le avisó a alguien?” —le pregunté—. “No”—ijo ella sin perturbarse.

—Harry ijo, “¿Quién lo hizo, señora Wright?”. Lo ijo muy serio, entonces ella como que reaccionó y contestó, “No sé”. Harry sorprendido ijo, “¿No sabe?!”

“¿Pero usted no estaba durmiendo con él en la misma cama?”. Entonces, ella ijo, “Sí, pero yo estaba en el lado de adentro”. Harry insistió, “¿Alguien le pasó una cuerda por el cuello a su esposo y lo estranguló y ¿usted no se despertó?!”. Ella respondió, “No me desperté”.

—Debimos de haber tenio cara de incrédulos porque un momento después nos dijo: “Duermo profundamente”.

—Harry iba a hacerle más preguntas, pero le ije que no era asunto nuestro y que lo mejor sería que ella le contara todo primero al coronel o al alguacil. Entonces, Harry jue lo más rápido que pudo al camino High Road y de ahí donde los River, en donde hay teléfono.

—¿Y qué hizo ella cuando supo que ustedes iban a llamar al coronel? —. El fiscal volvió a sacar su lápiz, listo para hacer algunas anotaciones.

—Se pasó de la mecedora a esta silla de aquí —Hale señaló una pequeña silla en un rincón— y solo se sentó allí con las manos agarraas y mirando al piso. Sentí que tenía que hacer conversación así que le ije que había venido para ver si John quería poner teléfono. Ella empezó a reírse, luego, se detuvo y me miró...asustáa.

El sonido del lápiz del fiscal sobre el papel hizo que el señor Hale levantara la mirada.

—No sé, tal vez no fue asustáa —Hale se apresuró a terminar su relato—. No quisiera decir que fue asustáa. Harry regresó rápido y luego llegó el doctor Lloyd y usted, señor Peters, y creo qu’eso es too lo que tengo que decirles.

Dijo esto último con alivio y se movió un poco como para relajarse. De hecho, todos se movieron un poco. El fiscal fue hacia las escaleras.

—Vamos arriba primero, luego al granero y sus alrededores.

Se detuvo y dio un vistazo a la cocina.

—¿Está seguro que no había nada importante aquí? —le preguntó al alguacil—. ¿Algo que pudiera darnos una pista del motivo?

El alguacil también dio un vistazo a la cocina como para asegurarse.

—Nada más que cosas de cocina —dijo el alguacil con una risa provocada por la insignificancia de las “cosas de la cocina”.

El fiscal observaba la alacena cuya estructura era peculiar y mal acabada, mitad armario y mitad mueble de cocina, con la parte superior construida en la pared y la parte inferior del tipo tradicional de las alacenas. Como si la extrañeza de aquel objeto lo atrajera, el fiscal tomó una silla, abrió la parte superior y se puso a esculcar. Después de un momento, sacó su mano llena de miel.

—Aquí hay un desastre —dijo disgustado.

Las dos mujeres se habían acercado y ahora hablaba la esposa del alguacil.

—Ay, no, las conservas —dijo mirando a Marta como para encontrar una mirada comprensiva. Se volvió hacia el fiscal y le explicó—: La señora Wright estaba preocupada por las conservas anoche cuando se puso tan frío. Dijo que el fuego se extinguiría y se reventarían las jarras.

El alguacil soltó a reír.

—¡Bueno, pero quién entiende a las mujeres! ¡Acusada de asesinato y se preocupa por unas conservas!

El joven fiscal apretó los labios y dijo:

—Supongo que antes de que terminemos con el caso tendrá cosas más serias de qué preocuparse que sus conservas.

—Bueno —dijo el esposo de Marta, con una superioridad ingenua—, las mujeres siempre se preocupan por pequeñeces.

Las mujeres se acercaron una a la otra y ninguna dijo nada. De repente, el fiscal pareció recordar sus modales y pensar en su futuro.

—Y aún así —dijo el fiscal, con la galantería de un joven político—, pese a todas sus preocupaciones, ¿qué haríamos sin ellas?

No hablaron ni dieron muestras de agrado por el comentario. El fiscal se acercó al fregadero, se lavó las manos y se volvió para secarse con una toalla que colgaba en un rodillo. Le dio vuelta en busca de un pedazo más limpio donde secarse.

—¡Ajá, toallas sucias! No es muy buena ama de casa que digamos, ¿qué les parece, señoras?—. Y pateó unas ollas sucias que estaban en el piso debajo del fregadero.

—Hay mucho que hacer en una granja —dijo Marta molesta.

—Por supuesto, sin embargo —mientras le hacía una pequeña reverencia a Marta—, hay muchas casas en las granjas de Dickson en donde las toallas no están

tan sucias como ésta—. Y tiró de la toalla para que pudieran verla en toda su extensión.

—Esas toallas se ensucian en un momento. Los hombres siempre andan las manos sucias.

—¡Ah, ya veo, es leal a sus congéneres! —y rió. Luego, se detuvo y miró a Marta con malicia. —Usted y la señora Wright eran vecinas. Supongo que también eran amigas.

Marta negó la suposición del fiscal con un movimiento de cabeza.

—La he visto muy poco en los últimos años. No había venido a esta casa hace ya más de un año.

—¿Y por qué? ¿No le agradaba?

—Me agradaba mucho—contestó Marta con firmeza—. Pero las esposas de los granjeros siempre estamos ocupadas, señor Henderson y, además... —Marta se detuvo y dio un vistazo a la cocina.

—¿Sí? —dijo el fiscal esperando que continuara.

—Nunca me pareció un lugar agradable —dijo Marta, más para sí misma que para contestarle al fiscal.

—Sí —el fiscal estuvo de acuerdo—, no creo que nadie pueda decir que este es un lugar agradable. Creo que la señora Wright no tenía las cualidades para crear un ambiente acogedor.

—Bueno, no creo que John Wright tuviera esas cualidades tampoco —dijo Marta entre dientes.

—¿Quiere decir que ellos no se llevaban bien?—el fiscal preguntó al instante.

—No, no es mi intención decir nada —contestó Marta firmemente. Y mientras se alejaba un poco del fiscal, añadió: —Pero no creo que un lugar podría ser más agradable estando John Wright en él.

—Me gustaría hablar de eso con usted más tarde, señora Hale —dijo el fiscal—. Estoy ansioso por ver la situación allá arriba.

El fiscal se dirigió a las escaleras seguido por los otros dos hombres.

—¿Me imagino que no hay problema si mi esposa toma algunas cosas para llevarle a la señora Wright? —preguntó el alguacil—. Ella iba a llevarle una ropa y algunas otras cosas. Es que ayer nos la llevamos tan rápido.

El fiscal miró a las dos mujeres a quienes iban a dejar solas con las cosas de cocina.

—Sí, señora Peters —dijo mientras miraba a la otra mujer, la mujer robusta, la esposa del granjero parada detrás de la esposa del alguacil—. Claro que la señora Peters es una de los nuestros —dijo como para comprometerla—. Ah, y manténgase alerta, señora Peters, ya que algún detalle podría servirnos. Sin duda, ustedes dos podrían encontrar alguna pista que nos dé el motivo y eso es justamente lo que necesitamos.

El señor Hale se frotó la cara al estilo de los presentadores de espectáculos cuando se preparan para contar un chiste.

—Pero, ¿las mujeres podrían reconocer una pista si la encontraran? —dijo el señor Hale, y habiendo expresado esto solemnemente, siguió a los otros arriba.

Las mujeres se quedaron inmóviles y en silencio mientras escuchaban los pasos, primero en las escaleras y luego en la habitación de arriba.

Luego, como si se hubiera liberado de algo extraño, Marta empezó a acomodar las ollas sucias que estaban debajo del fregadero pues el fiscal las había desacomodado al patearlas con desprecio.

—No soportaría que algún hombre entrara a mi cocina —dijo Marta molesta—, a registrarlo todo y criticarme.

—Claro que es deber de ellos —dijo la esposa del alguacil con ese tono condescendiente típico en ella.

—El deber está bien —dijo Marta bruscamente—, pero supongo que el oficial que vino a encender el fuego esta mañana también tiene que ver con esto—. Y le dio un tirón a la toalla. —¡Ay, si la hubiera visto antes! Me parece muy mal decir que ella no tenía las cosas relucientes de limpieza sabiendo que tuvo que irse inesperadamente.

Marta miró la cocina. Ciertamente no *relucía de limpieza*. Un tarro de azúcar en uno de los estantes inferiores llamó su atención. El tarro de madera estaba sin tapa y junto a él había una bolsa de papel a medio vaciar.

Marta se acercó al tarro. “Estaba pasando el azúcar de la bolsa al tarro”, se dijo a sí misma pausadamente.

Recordó la harina en la cocina de su casa. La mitad cernida y la otra mitad sin cernir. La habían interrumpido y tuvo que dejar las cosas a medio hacer. ¿Qué habría interrumpido a Minnie Foster? ¿Por qué dejó aquello a medias? Sintió el impulso de terminar de pasar el azúcar al tarro; siempre le habían molestado las cosas a medio hacer, pero al mirar a su alrededor, notó que la señora Peters la observaba y no quería que ella también se preguntara por qué se había empezado aquella tarea y, luego, por alguna razón, se había dejado a medias.

—¡Qué lástima lo de las conservas! —dijo Marta y se dirigió a la alacena que el fiscal dejó abierta. Se subió en la silla y dijo como para sí misma— ¿Me pregunto si todos los frascos se habrán perdido?

Aquel desastre era una escena lastimosa, pero, finalmente, Marta dijo:

—¡Aquí hay uno que está entero! —. Lo puso contra la luz y dijo —Este también es de cerezas—. Se asomó de nuevo y dijo —Bueno, creo que es el único que se salvó.

Dio un suspiro y bajó de la silla, fue al fregadero y limpió el frasco.

—Se va a sentir de lo más mal después de haber trabajado tanto durante el verano. Todavía recuerdo la tarde en que preparé las cerezas el verano pasado.

Puso el frasco en la mesa y suspiró de nuevo mientras se sentaba en la mecedora. Pero no se sentó. Había algo que no la dejaba sentarse en aquella silla. Se enderezó, dio un paso atrás y se quedó mirando la silla como si pudiera ver a la mujer que se sentaba allí plegando su delantal. La fina voz de la esposa del alguacil la trajo de vuelta a la realidad.

—Debo recoger algunas cosas del armario del cuarto del frente—. Abrió la puerta del cuarto y se disponía a entrar, pero se detuvo y dijo nerviosa:

—¿Me acompaña, señora Hale? Usted...usted puede ayudarme.

Tardaron poco en el cuarto. El frío era tan intenso que cualquiera hubiera deseado salir de allí lo antes posible.

—¡Santo Dios! —dijo la señora Peters, dejó las cosas sobre la mesa y se acercó a la estufa a toda prisa para entrar en calor.

Marta se quedó examinando la ropa que pidió la mujer detenida en el pueblo.

—¡Pobre Minnie! —dijo Marta mientras sostenía una vieja enagua negra que mostraba las marcas de un uso excesivo. —Tal vez por eso casi no salía. M'imagino que no se sentía presentable y cuando uno no se siente bien no disfruta nada. Ella usaba ropa preciosa y era muy alegre. Claro, cuando era Minnie Foster, una de las muchachas más populares del pueblo, y cantaba en el coro. Pero eso...bueno, eso fue hace veinte años.

Con un cuidado que reflejaba algo de ternura, Marta dobló las viejas ropas y las colocó en una esquina de la mesa. Miró a la señora Peters y había algo en la mirada de esa mujer que la irritaba.

“A ella no le importa”, pensó Marta, “que Minnie Foster tuviera ropa bonita cuando era joven, no hace ninguna diferencia para ella”.

La miró de nuevo y no estaba muy segura. En realidad, nunca había estado completamente segura de lo que pasaba por la mente de la señora Peters. Ella tenía

esa forma de ser cobarde y, aun así, sus ojos parecían mirar mucho más allá de las cosas.

—¿Esto es todo lo que tenía que llevar? —preguntó Marta.

—No —dijo la esposa del alguacil—, también me dijo que quería un delantal. ¡Qué extraño —se animó a decir en esa forma nerviosa y débil que la caracterizaba—, porque no hay mucho con qué ensuciarse en la cárcel! Bueno, supongo que si uno está acostumbrado a ponerse delantal, eso la va a hacer sentirse más normal. Me dijo que estaban en la última gaveta de esta alacena. Sí, aquí están. Además el chal que siempre cuelga en la puerta de las escaleras.

Tomó el pequeño chal gris de detrás de la puerta que llevaba a las escaleras y durante un minuto se quedó mirándolo.

De pronto, Marta se le acercó.

—¡Señora Peters!

—¿Sí, señora Hale?

—¿Cree usted que ella lo hizo?

Una ráfaga de temor borró de los ojos de la señora Peters aquel poder de ver más allá de las cosas que Marta había percibido.

—Bueno, no sé —dijo con una voz que evidenciaba su deseo de evadir el tema.

—Pues no creo que ella lo hiciera —dijo Marta convencida—. Imagínese, pidiendo un delantal y su pequeño chal. Preocupada por sus conservas.

—Mi esposo dice... —se oyeron pasos en el cuarto de arriba. La señora Peters se detuvo, miró hacia arriba y, luego, continuó en voz baja—. Mi esposo dice que las cosas no están nada bien para ella. El señor Henderson es terriblemente sarcástico en sus discursos y va a burlarse de ella diciendo que *no se despertó*.

Por un momento, Marta se quedó en silencio, pero luego dijo:

—Bueno, supongo que John Wright tampoco se despertó... mientras le pasaban la cuerda por el cuello —dijo en voz baja.

—¿Verdad?, es tan extraño —dijo la señora Peters también en voz baja—. Ellos dicen que fue una forma muy rara de matar a un hombre.

La señora Peters se echó a reír, pero el sonido de su propia risa la hizo detenerse repentinamente.

—Eso mismo dijo mi esposo —contestó Marta con toda naturalidad—. Había una pistola en la casa. Lewis dice qu'eso es lo que no puede entender.

—Cuando veníamos saliendo, el señor Henderson dijo que lo que hacía falta para el caso era un motivo, algo que pusiera en evidencia la ira o sentimientos repentinos.

—Bueno, yo no veo señales de ira —dijo Marta—. No...

Marta se detuvo como si su mente hubiera tropezado con algo. Le llamó la atención un limpión tirado en medio de la mesa. Se acercó lentamente. Una mitad limpia y la otra sucia. Entonces, despacio y casi sin querer, volvió la mirada al tarro de azúcar y la bolsa medio vacía. "Cosas que se empezaron pero no se terminaron".

Después de un momento, retrocedió un poco y dijo para disimular:

—¿Cómo habrán encontrado las cosas allá arriba? Espero que esté un poco más ordenado que aquí. Es que —hizo una pausa y se repuso— dejarla allá en el pueblo, encarcelada, y venir a su casa a buscar pistas que la incriminen es como espiar.

—Pero, señora Hale —dijo la esposa del alguacil—, la ley es la ley.

—Supongo que así es —dijo Marta secamente.

Marta se acercó a la estufa y dijo algo sobre su mal estado y el poco fuego que producía. Estuvo en eso un minuto, pero cuando se enderezó, dijo indignada:

—La ley es la ley y una estufa inservible es una estufa inservible. ¿Le gustaría cocinar en esto? —dijo mientras señalaba con el atizador el revestimiento interior completamente despedazado. Abrió el horno y empezó a hablar, pero de pronto, se perdió en sus propios pensamientos. Se preguntaba como sería tener que luchar con aquella estufa todos los días, año tras año. Se imaginaba a Minnie Foster tratando de hornear en aquel viejo aparato y se sentía culpable por nunca haber venido a visitarla.

Marta se sorprendió cuando oyó a la señora Peters decir “Uno se desanima y se endurece”.

La esposa del alguacil había observado la estufa, el fregadero, el cubo con agua traída de afuera. Las dos mujeres se quedaron en silencio; arriba, se oían los pasos de los hombres buscando evidencia para condenar a la mujer que se había encargado de aquella cocina. La esposa del alguacil había recobrado esa mirada

como de quien puede ver más allá de las cosas. Esta vez, Marta le habló con más amabilidad.

–Señora Peters, lo mejor es quitarnos los abrigos porque si nos los dejamos puestos, no vamos a sentirnos calientes cuando salgamos.

La señora Peters fue al fondo de la habitación a colgar el abrigo de piel que llevaba puesto. De pronto, dijo:

–Mire, estaba cosiendo una colcha— y levantó una gran canasta de costura llena de retazos.

Marta puso algunas piezas sobre la mesa.

–Es un diseño de una cabaña —dijo Marta acomodando varias piezas—. ¡Qué bonito!, ¿verdad?

Estaban tan entretenidas con la colcha que no oyeron los pasos en las escaleras. En el momento en que los hombres llegaban, Marta estaba diciendo “¿Iría a acolcharla o simplemente a anudarla?”

El alguacil levantó las manos.

– ¡Ay, Dios mío! Por lo que se preocupan las mujeres.

Los hombres se echaron a reír por la simplicidad de las mujeres; se calentaron las manos cerca de la estufa y luego el fiscal dijo decidido:

– Bueno, vamos a revisar el granero.

– No sé que hay de malo —dijo Marta con cierto resentimiento cuando los hombres salieron— en que nos entretengamos con pequeñas cosas mientras

esperamos a que encuentren alguna evidencia. No me parece que sea algo como para burlarse.

—Bueno, es que ellos tienen cosas muy importantes que hacer —dijo la esposa del alguacil para disculparlos.

Continuaron inspeccionando la colcha. Marta observaba las puntadas finas y uniformes y sentía preocupación por la mujer que cosió aquellas piezas. De repente, oyó a la esposa del alguacil decir en un tono extraño:

—Pero, vea esto.

Se volvió para ver la pieza que sostenía la señora Peters.

—La costura —dijo perturbada—. El resto está tan bonito y uniforme, excepto esta. Pareciera que no sabía lo que hacía.

Sus miradas se encontraron; fue como una luz que pasó de una a la otra. Luego, haciendo un esfuerzo, trataron de mirar hacia otro lado. Por un momento, Marta se quedó sentada y tapó aquella costura tan distinta del resto. Luego, soltó un nudo y algunas puntadas.

—¿Qué hace, señora Hale? —preguntó la esposa del alguacil asustada.

—Solté unas puntadas que no estaban bien hechas —contestó Marta con naturalidad.

—Creo que no debemos tocar nada —dijo la señora Peters un poco indecisa.

—Solo voy a terminar este extremo —dijo Marta todavía en un tono normal. Enhebró una aguja y empezó a rehacer las puntadas mal hechas. Durante un rato, Marta cosió en silencio. De pronto, oyó aquella voz tímida y débil.

—¡Señora Hale!

—Sí, señora Peters.

—¿Por qué cree usted que ella estaba tan...nerviosa?

—Este..., no sé —dijo Marta como si fuera un asunto sin importancia, en el que no había necesidad de detenerse—. No sé si ella estaba...nerviosa. Yo coso muy mal cuando estoy cansada.

Cortó una hebra y miró a la señora Peters de reojo. Su rostro pequeño y delgado estaba tenso y tenía esa mirada de poder traspasar las cosas. Pero de pronto cambió y dijo con su típica voz débil e insegura:

—Bueno, debo envolver esa ropa porque los hombres ya deben de estar por terminar. ¿Dónde habrá papel y cuerda?

—Tal vez en ese mueble —dijo Marta después de echar un vistazo.

Aún le faltaba soltar una de las piezas mal cosidas. Apenas la señora Peters le dio la espalda, Marta aprovechó para inspeccionar la costura y compararla con las puntadas delicadas y precisas de las otras piezas. La diferencia era sorprendente. Sostener aquella costura en sus manos le daba una sensación extraña como si pudiera oír los perturbados pensamientos de la mujer que la hizo, quizás como un intento para calmarse.

La voz de la señora Peters distrajo a Marta.

—Aquí hay una jaula —dijo—. ¿Señora Hale, usted sabe si tenía algún pájaro?

—Pues no. No sé si tenía un pájaro—. Y se volteó para ver la jaula que sostenía la señora Peters. —No había venido aquí desde hace tanto —Marta suspiró—. El año pasado estuvo por aquí un hombre vendiendo canarios muy baratos, pero no sé si habrá comprado uno. Tal vez sí. Ella cantaba muy lindo.

La señora Peters contempló la cocina.

—Es un poco extraño imaginarse un pájaro en este lugar —rió un poco, y luego volvió a levantar una barrera entre ellas. —Bueno, pero es probable que sí lo tuviera porque, de otro modo, ¿para qué iba a querer esta jaula? ¿Qué le habrá ocurrido al pájaro?

—Supongo que se lo comió el gato —dijo Marta y continuó cosiendo.

—No creo que tuviera un gato porque les tiene miedo. Cuando la llevaron ayer a la casa, mi gato entró a la habitación y ella se puso muy perturbada y me pidió que lo sacara.

—Mi hermana Bessie era igual —Marta rió.

La esposa del alguacil no le respondió. El silencio llamó la atención de Marta. La señora Peters estaba examinando la jaula.

—Mire esta puerta —dijo la señora Peters lentamente—. Está rota. Le arrancaron una de las bisagras.

Marta se acercó.

—Pareciera que quien lo hizo estaba enfurecido.

De nuevo, sus miradas se encontraron, asustadas, llenas de dudas y de inquietud. Durante un instante, guardaron silencio, inmóviles. Luego, Marta se alejó y dijo de repente:

–Si buscan alguna evidencia, espero que la encuentren pronto. No me gusta este lugar.

–Pero, señora Hale, me alegra mucho que haya venido conmigo—. La señora Peters puso la jaula sobre la mesa y se sentó. –Me hubiera sentido muy sola aquí.

–Sí, ¿verdad? –contestó Marta con cierta naturaleza y determinación. Volvió a la costura, pero después de un instante, la puso sobre el regazo y dijo con voz distinta, baja:

–Pero, voy a decirle qué desearía haber hecho. Desearía haber venido a visitarla de vez en cuando. Debí haber venido.

–Señora Hale, usted estaba muy ocupada atendiendo la casa y a los niños.

–Pude haber venido –contestó Marta secamente—. No la visitaba porque este lugar me parecía triste, pero por eso mismo debí haber venido. Nunca –mientras miraba a su alrededor– me ha gustado este lugar. Tal vez porque está en una hondonada y no puede verse el camino. No sé qué es, pero es un lugar solitario, siempre lo fue. Desearía haber venido a visitar a Minnie Foster. Ahora entiendo... –y no dijo más.

—No debe sentirse culpable —dijo la señora Peters—. No sé por qué, pero nunca sabemos realmente cómo es la vida de nuestros vecinos hasta que algo sucede.

—No tener hijos ahorra trabajos —Marta reflexionó después de un silencio—, pero la casa se siente solitaria, y John Wright fuera todo el día, trabajando, y sin compañía hasta su regreso. Señora Peters, ¿usted conocía a John Wright?

—No tanto como conocerlo; lo he visto en el pueblo. Dicen que era un buen hombre.

—Ah, sí, claro —dijo Marta irónicamente—. No bebía, cumplía su palabra a toda costa, creo, y pagaba todas sus deudas. Pero era un hombre cruel, señora Peters. Pasar el día a su lado —Marta se detuvo y sintió un escalofrío—, era como quedarse afuera, en el viento congelado que cala hasta los huesos—. Su mirada se detuvo en la jaula y agregó con amargura: —Puedo imaginarme cuánto deseaba tener un pájaro.

De repente, Marta empezó a albergar algunas sospechas, y mientras miraba la jaula fijamente dijo —Pero, ¿qué cree usted que le puede haber ocurrido al pájaro?

—No sé —dijo la señora Peters—. Tal vez enfermó y murió.

Marta se acercó y tomó la jaula. Movi6 la puerta rota y, de pronto, las dos mujeres fijaron su mirada en ella como si acabaran de descubrir algo.

—¿La conocía? —preguntó Marta en un tono más amable.

—No, hasta ayer que la llevaron a la casa —dijo la esposa del alguacil.

—Ella..., imagínese, ella misma era como pájaro. Dulce y hermosa, pero un poco tímida y nerviosa. Cuánto cambió.

Estuvo absorta en sus pensamientos durante mucho tiempo. Luego, como si un pensamiento alegre la hubiera invadido y se hubiera liberado para regresar a la vida cotidiana, dijo:

—Señora Peters, mire, ¿sabe qué vamos a hacer? ¿Por qué no le lleva la costura? Así tal vez se distraiga un poco.

—¡Señora Hale, qué buena idea! —dijo la esposa del alguacil como si ella también se alegrara de entrar en un ambiente de normalidad—, no creo que haya ningún problema, ¿verdad? Bueno, vamos a ver que le llevo. ¿Estarán los retazos y las otras cosas aquí?

Fueron por la canasta de costura.

—Aquí hay uno rojo —dijo Marta mientras sacaba un rollo de tela. Debajo de la tela había una caja. —Mire, tal vez aquí estén las tijeras y lo demás—. Sostuvo la caja en alto y dijo —¡Qué hermosa caja! Apuesto a que la tiene desde hace mucho... cuando era joven.

Durante un momento, la sostuvo en su mano y luego, con un pequeño suspiro, abrió la caja. En ese mismo instante, se tapó la nariz.

—¡¿Qué sucede?!

La señora Peters se acercó pero tuvo que alejarse.

—Hay algo envuelto en este pedazo de seda —logró decir Marta casi desfallecida.

—Esas no son las tijeras —dijo la señora Peters temerosa.

Marta, con las manos temblorosas, desenrolló la seda. —¡Dios mío, señora Peters! —dijo alarmada—, es...

La señora Peters se acercó.

—Es el pájaro —dijo en voz baja.

—¡Pero, señora Peters! —dijo Marta horrorizada—. ¡Mírelo bien! ¡El cuello... vea el cuello! Está completamente vuelto hacia atrás.

Marta extendió el brazo para mostrarle.

La señora Peters volvió a acercarse.

—Alguien le torció el cuello —dijo con voz lenta y profunda.

Y, entonces, las miradas de las dos mujeres volvieron a encontrarse, pero esta vez, sus ojos expresaban una revelación nueva y un horror creciente. La señora Peters miró el pájaro muerto y, luego, la puerta rota de la jaula. Sus miradas volvieron a cruzarse hasta que se oyó un ruido afuera.

Marta escondió la caja en la canasta debajo de las piezas de tela y se sentó rápidamente en una silla justo al frente de la canasta. La señora Peters se mantuvo apoyada en la mesa. El fiscal del condado y el alguacil entraron.

—Bueno, señoras —dijo el fiscal como quien va a pasar de asuntos serios a temas de poca importancia—, ¿ya decidieron si lo iba a acolchar o solamente a anudarlo?

–Creemos –contestó la esposa del alguacil un poco agitada– que iba a...  
*anudarlo.*

Henderson estaba tan preocupado por hallar alguna evidencia que ni siquiera se dio cuenta del cambio en la voz de la señora Peters al pronunciar aquella última palabra.

–¡Ah, qué interesante! –dijo el fiscal en tono condescendiente. De pronto, vio la jaula. –¿Se escapó?

–Creemos que se lo comió el gato –dijo Marta muy normal, sin mostrar su perturbación.

El fiscal caminaba de un lado para otro como si estuviera analizando algo.

–¿Entonces, tienen gato? –preguntó el fiscal un tanto distraído.

Marta lanzó una mirada a la esposa del alguacil.

–Bueno, ya no –dijo la señora Peters–. Usted sabe, los gatos son desconfiados y es normal que huyan.

Luego, la señora Peters se dejó caer en su silla.

El fiscal no le prestó atención.

–No hay indicios de que alguien haya entrado desde afuera –dijo al alguacil como quien continúa con una conversación interrumpida–. Y usaron su propia cuerda. Subamos de nuevo y repasemos todo, paso a paso. Tendría que haber sido alguien que conocía muy bien...

La puerta de las escaleras se cerró y sus voces desaparecieron.

Las dos mujeres permanecieron sentadas, inmóviles, sin mirarse, absortas en sus pensamientos y, al mismo tiempo, tratando de contenerlos. Cuando volvieron a hablar, parecían asustarse con sus propias palabras, pero no podían callar.

—Ella le tenía afecto al pájaro —dijo Marta en voz baja y lenta—. Iba a enterrarlo en esa bella caja.

—Cuando era niña —dijo la señora Peters en voz baja—, tenía un gatito...un niño tomó un hacha y frente a mí, antes de que pudiera evitarlo—. La señora Peters se cubrió el rostro un instante. —Si no me hubieran detenido... —sorprendida por lo que está a punto de decir, mira hacia arriba en donde se oyen pasos y termina tímidamente la frase— me hubiera vengado.

Permanecieron sentadas sin hablar ni moverse.

—Me pregunto cómo sería —finalmente Marta se decidió a hablar, como si aquel lugar le fuera completamente extraño— nunca haber tenido niños correteando por la casa—. Miró lentamente alrededor de la cocina como si pudiera ver lo que habría significado ese lugar durante todos estos años. —No creo que a Wright le hubiera gustado tener un pájaro —dijo después de observar la cocina—, o nada que trajera alegría. A ella le gustaba cantar. Él también acabó con eso —dijo Marta sin vacilar.

La señora Peters se mostró inquieta.

—Bueno, no sabemos quién mató al pájaro.

—Sé que fue John Wright —respondió Marta.

—Señora Hale, fue terrible lo que sucedió en esta casa esa noche —dijo la esposa del alguacil—. Matar a un hombre mientras dormía...pasándole una cuerda por el cuello para estrangularlo.

Marta tocó la jaula con su mano.

—El cuello retorcido; para estrangularlo.

—No *sabemos quién* lo mató —susurró la señora Peters con espanto—. No lo *sabemos*.

Marta no se alteró. —Después de años y años de... nada, y luego tener un pájaro que cantara..., el silencio debió haber sido inmenso cuando el pájaro dejó de cantar.

Fue como si alguien más dentro de ella hubiera hablado y hubiera hecho brotar en la señora Peters sentimientos que ella misma desconocía.

—Sé bien lo que es la soledad —dijo con una voz extraña y monótona—. Cuando vivimos en Dakota y mi primer bebé murió a los dos años, me quedé sin nada.

Marta se levantó.

—¿Cuánto tiempo más cree que tarden buscando alguna evidencia?

—Sé bien lo que es la soledad —dijo la señora Peters ensimismada. Volvió a la realidad de golpe.

—La ley debe castigar el crimen, señora Hale —dijo con esa típica voz débil y tensa.

—Si usted hubiera visto a Minnie Foster —fue la respuesta de Marta— cuando usaba vestido blanco con listones azules y se ponía de pie al frente del coro para cantar.

La imagen de aquella joven y el remordimiento de haber sido vecina de Minnie durante veinte años y haberla dejado morir de soledad significaba una carga insoportable para Marta.

—¡Ay, Dios! ¡Debí haber venido de vez en cuando! —dijo Marta mortificada—. ¡Ese sí fue un crimen, un crimen!, ¿y quién va a castigarlo?

—No debemos sentirnos culpables —dijo la señora Peters mirando con temor hacia las escaleras.

—¡Debí haber sabido que necesitaba ayuda! Escúcheme, señora Peters, no me explico por qué, pero aunque vivamos cerca, siempre vivimos muy lejos unos de otros. Todos atravesamos los mismos problemas, solo que con distinta intensidad. Si no fuera así, ¿por qué usted y yo *comprendemos*? ¿Por qué sabemos *lo que sabemos* en este momento?

Marta se limpió los ojos con la mano y, al ver el frasco de fruta sobre la mesa, lo tomó y dijo ahogándose en llanto:

—¡Yo no le contaría que las conservas se perdieron! ¡Dígale que...que todos los frascos están bien, todos ellos. Tenga, llévele este como prueba de que todos están enteros! Ella... ella tal vez nunca sepa si se quebraron o no.

Marta se apartó.

La señora Peters tomó el frasco como si estuviera feliz de asirlo, como si tocara un objeto familiar o tuviera algo que hacer que pudiera protegerla del peligro. Se puso de pie y buscó algo en que envolver el frasco. Tomó una combinación de la pila de ropa que sacó del cuarto y empezó a envolver la conserva nerviosamente.

— ¡Ay, Dios! — la señora Peters empezó a hablar en voz alta y fingida —, ¡qué suerte que los hombres no nos oyeron! Nosotras todas alarmadas por una cosa insignificante como... un canario muerto — dijo tratando de salir rápidamente del tema —. Como si tuviera algo que ver con... con... bueno, imagínese, se hubieran reído de nosotras.

Se oyeron pasos en las escaleras.

— Quizás se habrían reído — dijo Marta en voz baja — quizás no.

— No, Peters — dijo el fiscal del condado de modo tajante —. Todo está muy claro excepto el motivo del crimen. Pero usted sabe cómo son los jurados cuando se culpa a mujeres. Si hubiera algo definitivo, algo que mostrar o alrededor del cual construir la historia. Alguna cosa que explicara esta forma tan tonta de matarlo.

Marta observó disimuladamente a la señora Peters y ella también la observaba. Al instante, ambas mujeres miraron hacia otro lado. La puerta de la cocina se abrió y entró el señor Hale.

— Ya alisté los caballos — dijo —. 'Ta fríísimo afuera.

–Voy a quedarme un rato aquí –anunció el fiscal de repente–. ¿Puedes enviar a Frank a recogerme, verdad? –le preguntó al alguacil–. Quiero revisarlo todo de nuevo. No me sentiré satisfecho hasta que encontremos algo.

Las miradas de las dos mujeres volvieron a cruzarse durante un momento.

El alguacil se acercó a la mesa.

–¿Querías ver lo que mi esposa le lleva a la señora Wright?

El fiscal tomó el delantal y se echó a reír.

–Bueno, no creo que las damas hayan escogido algo muy peligroso.

Marta tenía una mano en la canasta de costura en donde había escondido la caja. Pensó que debía sacar la mano de la canasta, pero no pudo. El fiscal tomó una de las piezas de tela que ella había apuñado para tapar la caja. Los ojos de Marta parecían de fuego y tenía la sensación de que si el fiscal tomaba la canasta, ella se la arrebataría.

Pero no lo hizo. Con una risita entre dientes, se dio la vuelta diciendo:

–No, la señora Peters no necesita vigilancia. De hecho, la esposa de un alguacil está casada con la ley. ¿Alguna vez lo había visto de esa manera, señora Peters?

La señora Peters estaba de pie junto a la mesa. Marta le hizo una seña con la mirada, pero no pudo verla. La señora Peters se había apartado un poco. Cuando respondió, su voz se oía apagada.

–No solo... de esa manera.

—¡Casada con la Ley! —dijo el alguacil con una risa un tanto irónica. Luego, se acercó a la puerta que llevaba al cuarto del frente y dijo al fiscal —George, ¿puedes venir un minuto? Creo que debemos revisar estas ventanas.

—¡Ah, las ventanas! —dijo el fiscal con sarcasmo.

—Saldremos en un minuto, señor Hale —dijo el alguacil al granjero que todavía esperaba en la puerta.

El señor Hale se fue a cuidar los caballos. El alguacil entró al otro cuarto con el fiscal y, durante un último momento, las mujeres volvieron a quedarse solas en aquella cocina.

Marta se levantó de un salto tomándose ambas manos y clavó su mirada en la otra mujer que también conocía el secreto. Al principio, no podía verle el rostro porque había permanecido vuelta desde que le sugirieron que estaba casada con la ley. Pero la mirada de fuego de Marta la obligó a volverse. Despacio, sin quererlo, la señora Peters volvió la cabeza y sus ojos se encontraron con los de Marta. Durante un momento, las dos quedaron presas en una mirada ardiente en la cual no había ni un solo rastro de evasión o cobardía. Luego, Marta indicó con un gesto la canasta donde escondían el motivo del crimen de aquella mujer. Aquella mujer ausente que, aun así, las había acompañado todo el tiempo.

La señora Peters permaneció inmóvil un instante, pero luego se abalanzó a la canasta, apartó las piezas de tela, tomó la caja y trató de meterla en su bolso pero la caja era demasiado grande. Desesperada, abrió la caja para sacar el pájaro, pero

se derrumbó, no pudo tocarlo. Se quedó allí parada, impotente, sin saber qué hacer.

Se oyó el sonido de la perilla de la puerta del cuarto. Marta le arrebató la caja a la señora Peters y la escondió en la bolsa de su gran abrigo justo antes de que el alguacil y el fiscal volvieran a la cocina.

—Bueno, Henry —dijo el fiscal a manera de chiste— por lo menos averiguamos que no iba a acolcharlo sino que iba a... ¿cómo le dicen ustedes, señoras?

Marta tenía la mano puesta sobre la bolsa de su abrigo.

—Decimos que iba a... *anudarlo*, señor Henderson.

1917

## Vacaciones

(Katherine Anne Porter)

En aquella época yo era demasiado joven para algunos de los problemas que tenía y no sabía cómo solucionarlos. No importa ya qué clase de problemas eran o cuál fue su desenlace. En aquel momento, pensaba que la única solución era huir de ellos pese a que mis tradiciones, crianza y educación me habían enseñado, irrefutablemente, que nadie, excepto los cobardes huyen de los problemas. ¡Qué tontería! Debieron haberme enseñado la diferencia entre ser valiente y ser temerario en lugar de tener que averiguarlo por mí misma. Finalmente, comprendí que si aún me quedaba algo del sentido común con que vine a este mundo, debía correr como un venado al primer indicio de peligro. No obstante, la historia que voy a contarles ocurrió antes de que esta gran verdad calara en mí: “No podemos escapar de los problemas y peligros que son realmente nuestros y lo mejor es afrontarlos lo antes posible. Pero si no escapamos de los problemas de otros, somos unas grandes tontas”.

Le confié a mi amiga Louise, una vieja compañera de la escuela, no mis problemas sino mi pequeño dilema: deseaba ir sola a algún lugar en el campo durante las vacaciones de primavera, pero debía ser un lugar muy sencillo y agradable y, por supuesto, no muy caro y no debía decirle a nadie dónde estaba yo. Si lo deseaba, le escribiría de vez en cuando si algo interesante sucedía. Me dijo que le encantaba recibir cartas, pero odiaba tener que contestarlas, y que conocía el lugar perfecto para mí y que no le diría a nadie nada. En aquel entonces —y hasta

la fecha— Louise tenía un gran ingenio para hacer parecer atractivas a las personas, lugares y situaciones menos probables de serlo. Contaba historias graciosas que se tornaban horribles si uno tenía la oportunidad de verlas y oír las por sí misma. Eso fue lo que ocurrió con esta historia. Todo era tal como dijo Louise, si así se quiere, y todo era, a la vez, muy diferente.

—Conozco el lugar perfecto —dijo Louise—, una familia de campesinos alemanes chapada a la antigua, en una granja de tierra negra en el interior de Texas. Una casa al legítimo estilo patriarcal; un lugar donde uno detestaría vivir, pero que es muy agradable visitar. El viejo padre, todopoderoso, con barba y todo. La vieja madre, matriarca que usa zapatos de hombre y tiene innumerables hijos e hijas y yernos y bebés regordetes por todas partes. Y cachorros obesos, mi preferido era uno negro pequeñito llamado Kuno. Vacas, terneros y ovejas y corderos y cabras y pavos y gallinas de guinea recorriendo las pequeñas colinas verdes; patos y gansos en los estanques. Estuve allá en el verano cuando era la cosecha de los melocotones y las sandías...

—Estamos a finales de marzo —le dije no muy convencida.

—La primavera se adelanta allá —dijo Louise—. Les escribiré a los Müller acerca de ti. Nada más preocúpate por estar lista para partir.

—Pero dime, ¿dónde está ese paraíso?

—Cerca del límite con Louisiana —dijo Louise—. Les pediré que te den el ático en el que me alojé. ¡Era un lugar precioso! Es un cuarto grande y el techo llega hasta el piso en ambos lados. Hay unas pequeñas goteras cuando llueve, entonces

las tablas están manchadas con bellas rayas negras y grises, y verde musgo, y en un rincón había una estantería con novelas baratas: *La duquesa*, *Ouida*, *La señora E.D.E.N*, *Los poemas de Ella Wheeler Wilcox*. Durante un verano alojaron a una mujer que era amante de la lectura y cuando se marchó, dejó todos sus libros. ¡Me encantaba! Y todos son tan saludables y buenos y el clima era perfecto. ¿Cuánto tiempo planeas quedarte? No había pensado en eso, así que dije al azar:

— Un mes.

Pocos días después, llegaba, como un paquete de entrega inmediata, en un pequeño y sucio tren que avanzaba a paso de tortuga, a una plataforma empapada de una estación en medio del campo. El jefe de la estación apareció y cerró el salón de espera antes de que el tren hubiera desaparecido en una curva de la línea. Mientras se acercaba a mí con pisadas fuertes, pasó el taco de tabaco a su mejilla y preguntó:

— ¿A dónde se dirige?

— A la granja de los Müller —le dije, parada junto a mi pequeño baúl y mi maleta, mientras que el viento congelado traspasaba mi chaqueta.

— ¿Alguien viene a recogerla? —preguntó sin detenerse.

— Eso dijeron.

— Bien —dijo él, se subió a un pequeño y maltrecho carruaje del que tiraba un caballo que meneaba el lomo curiosamente y se marchó.

Puse el baúl sobre uno de sus lados y me senté en él de cara al viento y a aquel paisaje desolado, lleno de lodo, sin forma, y empecé a escribir la primera

carta para Louise. Primero iba a decirle que a menos que pensara convertirse en novelista, su exagerada imaginación no tenía excusa. También iba a decirle que, en la vida diaria, hay cosas útiles como los simples hechos a los cuales uno debe apegarse incondicionalmente. Lo demás lleva a confusiones como esta. Estaba comenzando a disfrutar el escribir aquella carta para Louise cuando un chico fornido, de unos doce años, cruzó la plataforma. A medida que se acercaba, se quitó la desgarrada gorra que traía y la apuñó en su gruesa mano. Observé que tenía los nudillos manchados. Sus mejillas, su nariz y su barbilla eran redondas y de un rojo fresco y saludable. Sus ojos angostos, largos, rasgados, de color azul claro como el agua, no parecían pertenecer al globo de su cara, completamente circular como si la hubieran dibujado con un lápiz brillante. Era como si dos fuerzas incompatibles hubieran chocado para crearlo. Sus ojos eran hermosos, pero el resto del rostro no tenía nada extraordinario. Llevaba puesta una camisa de lana azul abotonada hasta la barbilla. La camisa apenas le llegaba a la cintura. Parecía que, en cualquier momento, le quedaría pequeña. Los pantalones de dril azul le pegaban a los tobillos y los viejos zapatos para el barro le quedaban grandes. Podía verse que él no era el primero en usar aquellas ropas. Era como una aparición alegre, libre, serena comparado con aquella tierra abatida y el triste y oscuro cielo. Le sonreí lo mejor que pude con mi cara congelada por el viento.

Sonrió ligeramente sin mirarme a los ojos e hizo un gesto para que yo tomara la maleta. Haciendo un esfuerzo, levantó el baúl y se lo puso sobre la cabeza y cruzó tambaleándose la escabrosa plataforma. Bajó los escalones

resbalosos por el lodo y pensé que iba a caerse con la carga como lo haría una hormiga que levanta una piedra. Lanzó el baúl en la parte trasera de la carreta. De pronto, tomó la maleta y la lanzó a un lado del baúl. Luego, se apoyó en una rueda del frente para subir a la carreta mientras yo luchaba para subirme por la otra rueda.

El pequeño caballo, peludo como oso polar, empezó a trotar de mala gana mientras que el chico, inclinado hacia delante, con la gorra hasta las orejas, sostenía las riendas sin fuerza y se quedó absorto en sus pensamientos. Entonces, me entretuve estudiando las correas, un verdadero misterio. Se unían y colgaban en los puntos más inesperados. Se partían en lo que parecían ser sitios de unión estratégicos. Habían remendado superficialmente partes importantes con pedazos de cuerda deshilachada mientras que otras secciones que no parecían importantes estaban unidas fuertemente con alambre. El freno era demasiado largo para la pequeña y robusta cabeza del animal. Al parecer, había escupido la pieza de su boca desde el principio y ahora iba por el rumbo, y al paso, que quería.

El vehículo era un gastado ejemplar de esos que llaman carretas de resorte. ¿No sé por qué las llamaban así? No tenía ni un resorte y la plataforma del cajón, ideal para cargar productos robados, estaba tan vieja que apenas llegaba a la mitad de las ruedas traseras y uno de los lados pegaba incesantemente en la rueda de hierro. Por cierto, las ruedas no giraban en forma circular como las ruedas comunes sino en forma de elipse debido a que no estaban ajustadas en el eje. Así

que avanzábamos con una cadencia torpe y divertida como el movimiento ondulado de un pequeño bote en un mar picado.

Los campos enlodados se extendían a ambos lados del camino, repletos de residuos del invierno listos para ser absorbidos y volver a convertirse en tierra. Los escasos bosques deshojados se hallaban a la orilla de un campo cercano. No había nada de belleza en ellos, excepto la esperanza de la primavera. Detestaba la desolación, pero me regocijaba pensando que más allá de esto había algo hermoso: un río cuyos bancos le daban forma a su cauce o un campo completamente desnudo, arado y listo para recibir la semilla. El camino daba un giro repentino que casi lo ocultaba por completo durante unos instantes y cruzamos entre el bosque. Al observar las retorcidas ramas más de cerca pude darme cuenta de que la primavera empezaba, resistiéndose, escondiendo sus recursos. Las hojas brotaban en conos verdes diminutos que salpicaban los retoños. Volvió a caer una lluvia débil y serena, no tan opaca como la niebla sino una especie de bruma que se espesaba sobre nosotros y bajó, hasta que las nubes se convirtieron en lluvia de un suave gris que nos envolvió.

Cuando salimos del bosque, el chico se levantó y señaló hacia delante sin decir nada. Nos acercábamos a la granja a lo largo de un huerto de melocotones, un poco descolorido apenas con los nuevos retoños, pero no había nada que pudiera ocultar la severa y angustiante fealdad de la casa. En este valle tejano cuyo relieve está conformado por pequeñas y suaves colinas y bajos, “el campo ondulado” como le llaman los granjeros, la casa estaba en la cima de la colina más

pelada como si en un esfuerzo ahorrativo se hubiera escogido el sitio menos fértil para construir un albergue. La casa allí, desnuda, parecía mirarnos fijamente. Era como un intruso, un extraño, aún al lado de la hilera de graneros en el fondo, con los aleros bajos y tantos años que había tomado el color de las piedras.

Las angostas ventanas y el empinado techo me oprimían. Deseaba regresar. Pensé que había recorrido un largo camino para descubrir que todo había sido un fraude. Sin embargo, debía continuar porque allí no podría haber nada tan doloroso como lo que dejé atrás. A medida que nos acercábamos a la casa, la cual ya casi no podía verse, excepto por la luz amarilla de una lámpara en la parte posterior, tal vez de la cocina, mis sentimientos cambiaron de nuevo a afecto y ternura o tal vez solo me pareció que, quizás, podía volver a sentirlos.

La carreta se detuvo frente a la entrada y me dispuse a bajar. Apenas toqué el suelo, un enorme perro negro de esa detestable raza pastor alemán se abalanzó sobre mí sin hacer ningún ruido. También en silencio, me cubrí el rostro con los brazos y retrocedí de un salto. — ¡Kuno, abajo! — gritó el chico arremetiendo contra el perro. La puerta del frente se abrió de golpe y una jovencita de cabello amarillo bajó corriendo los escalones y sujetó al feo animal por el cuello:

— No quiso hacerle daño — dijo ella con toda seriedad en inglés —. Es solo un perro.

Ya veo, este es el pequeño y tierno cachorro que Louise mencionó, claro, un año más viejo. Kuno gimió y se disculpó inclinándose y restregando una de sus patas delanteras en el suelo. La joven dijo con timidez y orgullo:

—¡Yo lo enseñé a hacer eso. Siempre es tan mal educado, pero le enseñé a disculparse!

Al parecer, llegué en el momento en que empezaban las tareas del atardecer. Toda la familia Müller salió en tropel por la puerta; cada hombre y cada mujer se dedicaban a las labores del momento. La niña me acompañó hasta el corredor y dijo:

—Este es mi hermano Hans —un joven se detuvo para darme la mano y prosiguió su camino—. Este es mi hermano Fritz —dijo ella y Fritz tomó mi mano un instante al pasar—. Mi hermana Annetje —dijo la niña y una joven callada, con un bebé colgando holgadamente sobre el hombro como una bufanda, me sonrió y extendió su mano. Muchas manos me saludaron, algunas más jóvenes que otras, grandes y pequeñas, de hombre y de mujer, pero todas, manos trabajadoras y decentes de campesinos, tibias y fuertes. Y en todos los rostros encontré aquellos ojos claros y rasgados y el mismo cabello color caramelo como si todos fueran hermanos aunque entre ellos estaban el esposo de Annetje y el esposo de otra hija. En el ancho pasillo, con una puerta en el frente y otra al final, lleno de una luz empañada y olor a jabón, la madre, quien también iba saliendo, se detuvo para saludarme. Era una mujer alta, de apariencia fuerte, que llevaba un chal de lana negro sobre la cabeza. Sus enaguas caían sobre una combinación de franela café. No era de ella que los hijos habían heredado ojos claros como el agua. Los ojos de la madre eran negros, perspicaces y penetrantes, un mechón de su cabello revelaba el color negro ya manchado de gris, el rostro seco y arrugado era moreno como la

corteza de un árbol y caminaba como un hombre con sus botas de hule. Me dio la mano brevemente y dijo en una mezcla de alemán e inglés que yo era bienvenida, sonriendo y mostrando sus dientes manchados.

—Esta es mi hija Hatsy — me dijo—. Ella le mostrará la habitación.

Hatsy me tomó de la mano como si yo fuera una pequeña niña que necesitaba ser guiada. La seguí y subimos por una empinada escalera. Al fin, allí estábamos en el ático de Louise con el techo en pendiente. Y sí, era cierto que las tablas se encontraban manchadas con los colores que me había dicho. También estaban las novelas baratas amontonadas en un rincón. Por una vez en su vida, Louise no había exagerado. La habitación era hogareña y familiar como si la hubiera visto antes:

—Mi madre dice que podríamos darle una habitación mejor abajo —dijo Hatsy en su suave y confuso inglés—, pero Louise dijo en la carta que a usted le gustaría aquí—. Le dije que realmente me gustaba el ático. Hatsy bajó las empinadas escaleras y su hermano subió, como si trepara a un árbol, con el baúl en la cabeza y la maleta en la mano derecha. No me explico cómo el baúl no se vino al suelo porque no lo sostenía con la otra mano sino que usaba la mano izquierda para subir. Deseaba ofrecerle mi ayuda, pero temía ofenderlo; había notado la tremenda facilidad y el estilo con que había levantado el equipaje antes, un hombre fuerte que presenta su acto de fuerza ante una audiencia débil. Puso la carga en el piso y se enderezó; estiró los hombros y no se veía muy agitado. Le di las gracias y él se hizo la gorra hacia atrás y luego volvió a acomodársela hacia delante, lo cual,

supuse, era una especie de gesto de cortesía; luego, bajó con su fornida complexión dando fuertes pisadas. Unos minutos después, mientras miraba a través de la ventana, pude verlo cruzando los campos con una linterna encendida y una gran trampa de acero.

Empecé a cambiar lo que diría en la primera carta para Louise: “Creo que va a gustarme este lugar. No sé decir por qué con exactitud, pero creo que todo estará bien. Tal vez pueda decírtelo dentro de unos días”.

El sonido de la conversación en alemán entre los habitantes de la casa abajo era parte del placer porque no se dirigían a mí ni esperaban que dijera nada. Todo el alemán que comprendía en aquel entonces se encontraba en cinco canciones, extremadamente sentimentales, de Heine que había aprendido de memoria, pero la lengua que hablaba la familia era muy diferente: alemán rural corrompido por tres generaciones en otro país.

A pocas millas, donde Texas y Louisiana se funden en una ciénaga podrida, cuya lenta decadencia ha nutrido las raíces del pino y el cedro, una colonia de inmigrantes franceses ha vivido allí más de doscientos años de exilio. Pese a que no han sido del todo incorruptibles, se han mantenido místicamente fieles a sus tradiciones, hablando el francés de hace dos siglos, el cual en el presente es tan extraño para los mismos franceses como lo era para los ingleses. Había conocido a muchas de esas familias durante unas prolongadas vacaciones de verano que recuerdo con alegría. Y aquí estaba, otra vez, escuchando un idioma que nadie podía comprender, salvo los miembros de esta pequeña comunidad campesina. Me

di cuenta que de nuevo estaba en una casa en donde el exilio era perpetuo. Estos eran campesinos alemanes fuertes, prácticos, de carácter duro, apegados a la tierra que clavaban sus azadones con fuerza y echaban raíces dondequiera que estuvieran porque para ellos la vida y la tierra son indivisibles. Sin embargo, nunca confundían la nacionalidad con el lugar que habitan.

Me gustaban aquellas voces gruesas y efusivas y era tan gratificante no tener que comprender lo que decían. Adoraba ese silencio que libera de las constantes presiones de otras mentes, otras opiniones y otros sentimientos, esa libertad que envuelve y permite ir al interior de uno mismo, para descubrir nuevamente, porque es un eterno redescubrimiento, qué clase de ser en definitiva gobierna mi vida y toma todas las decisiones, sin importar quien piense que las ha tomado, incluso si soy yo misma. Esa criatura que poco a poco se lleva todo, excepto aquello de lo que no puedo prescindir para vivir y quien un día dirá:

—Ahora soy todo lo que tienes, tómame.

Me detuve un largo rato a escuchar ese lenguaje desconocido y mudo: el silencio y su música. Podía sacudirme y tocarme pero no perturbarme igual que el sonido que hacen las ranas o el viento en los árboles.

Noté que el árbol frente a la ventana del ático ocultaría la vista de los graneros y los campos cuando floreciera pues las ramas casi alcanzarían la ventana, pero por ahora, solo formaban un delgado tamiz a través del cual podían verse los terneros, manchados de café y blanco, caminando contra la curtida oscuridad de los cobertizos. Los campos enlodados pronto serían verdes de nuevo;

las lluvias lavarían las ovejas y su pelaje volvería a ser gris. Por ahora, la belleza del paisaje se encontraba en la armonía del valle que corría en ondulaciones hasta el borde del bosque. Era el campo del interior del estado y tenía esa apariencia de abandono de las cosas no queridas. El invierno en esta parte del sur es como un coma moribundo, no como el sueño de muerte del norte, con la promesa fiel de la resurrección. Pero en el sur, mi querida e inolvidable tierra, después de una larga enfermedad, basta un leve movimiento, un abrir de ojos entre un respiro y otro, entre la noche y el día, para que la tierra reviva y reviente en frutas y flores, primavera y verano, todo a la vez bajo el tibio y reluciente cielo azul.

El viento fresco prometía otra leve y serena lluvia para la noche. Las voces de los miembros de la familia abajo se dispersaron y, luego, volvían a intensificarse separadamente desde los patios y graneros. La anciana madre bajó a grandes zancadas por el camino hacia los cobertizos de las vacas y Hatsy corría tras ella. La mujer llevaba sobre los hombros, sin dificultad, una percha de madera de la que colgaban cubos para la leche con tapas de hierro, mientras que su hija cargaba dos cubos de lata en un brazo. Cuando abrieron el portón de cedro que daba a los campos, las vacas entraron mugiendo y agolpándose y los terneros corrían hacia sus madres buscando las ubres, con la boca abierta. Luego, seguía la batalla de separar a los hambrientos críos de sus madres después de haber bebido una escasa porción. La mujer les pegaba por las ancas a mano abierta y Hatsy los halaba del ronzal mientras sus pies resbalaban en el barro. Las vacas bramaban y blandían los cuernos y los terneros gritaban como bebés revoltosos. Las largas trenzas rubias de

Hatsy le pegaban contra los hombros y su risa era un indicio de alegría entre los bramidos furiosos de las vacas y los estridentes gritos de la mujer.

En el corredor de la cocina, abajo, se oía el chapoteo de agua, el rechinar de la palanca de la bomba y las fuertes pisadas de los hombres con botas. Me senté en el borde de la ventana para ver cómo la oscuridad se hacía más profunda lentamente mientras que abajo encendían todas las lámparas. La pequeña lámpara que me dieron tenía una agarradera en la vasija del aceite como las tazas. También había una linterna con el tubo congelado que colgaba de un clavo en la pared. Una voz me llamó desde el pie de la escalera, al asomarme vi a una mujer joven de cara morena y cabello muy rubio, bastante avanzada en su embarazo y con un hermoso niño de un año en su cadera. Con un brazo sujetaba al niño y con el otro sostenía en alto la linterna para alumbrarse:

—La cena está lista —dijo ella y esperó a que bajara.

En el comedor, una gran habitación cuadrada, la familia entera se estaba reuniendo alrededor de una mesa larga cubierta con un mantel de algodón a cuadros rojos, con fuentes repletas de comida caliente en ambos extremos. Una criada, lisiada y muy deformada, ponía picheles de leche en la mesa. Tenía el rostro tan inclinado que era casi imposible verlo y todo su cuerpo se encontraba mutilado de forma dolorosa y extraña, probablemente era un mal congénito, pensé, pero parecía fuerte. Las manos retorcidas le temblaban constantemente y movía la cabeza al compás de los codos en su agitado ir y venir. Caminaba a toda prisa colocando platos alrededor de la mesa y esquivando a todo el que se le

cruzara en el camino. Ninguno se corrió para dejarla pasar ni le hablaron ni siquiera la miraron cuando desapareció por la puerta de la cocina.

Los hombres tomaron sus lugares en la mesa. Papá Müller se sentó en el lugar del patriarca a la cabeza mientras que Mamá Müller se asomaba tras él como una roca oscura. Los hombres más jóvenes se acomodaron a un solo lado de la mesa, las esposas de los casados permanecían de pie detrás de ellos para servirles. Tres generaciones en este país no habían logrado hacerlos reconocer su machismo ni alterar sus costumbres de antaño. Los dos yernos y los tres hijos varones se desenrollaron las mangas de la camisa antes de empezar a comer. Sus caras, recién lavadas, lucían relucientes y tenían el cuello de la camisa mojado.

Mamá Müller me señaló y, luego, indicando con la mano a cada miembro de la familia, dijo rápidamente el nombre de todos. Como yo era una extraña e invitada, me senté en el lado de los hombres y Hatsy, cuyo verdadero nombre resultó ser Huldah, la hija soltera de la familia, se sentó en el lado de los niños para atenderlos y vigilarlos. Las edades de los niños iban de los dos a los diez años y, con tan solo dos de las hijas casadas, había cinco niños, sin contar al bebé enhorquetado en la cadera de su madre. Los pequeños comían vorazmente y metían las manos en la azucarera para salpicar de azúcar todo lo que comían. Estaban entretenidos con la comida y no le prestaban atención a Hatsy que luchaba con ellos, apenas un poco menos enérgica que con los terneros, y casi no comía nada. Tenía como diecisiete años, labios pálidos y era demasiado delgada. Su liso y fino cabello, amarillo como la mantequilla, con mechones claros y oscuros, legítimo

cabello de campesino alemán, le daba un aire de fragilidad. Sin embargo, poseía la misma complexión grande y fuerte y la misma energía y fuerza animal presente en aquel comedor. Bastaba ver los ojos gris claro, coléricos y profundos de papá Müller y sus pómulos salientes para darse cuenta a quien se parecían los miembros de la familia. Pobre Mamá Müller, nunca tuvo un hijo parecido a ella, con ojos y cabello negro como los alemanes del sur. Sin duda, ella los había parido, pero eso era todo. Perteneían al padre. Aun la hija más morena, Gretchen, quien esperaba un bebé –la consentida de la casa, con esa forma furtiva de sonreír que tienen los niños mimados, quien tenía el aire de un animal saludable y perezoso y siempre parecía que estaba a punto de bostezar– tenía el cabello color caramelo y aquellos ojos claros y rasgados. Por el momento, Gretchen apoyaba al pequeño niño en el respaldar de la silla de su esposo y con el brazo izquierdo volvía a llenarle el plato de cuando en cuando.

Annetje, la hija mayor, cargaba a su recién nacido sobre el hombro y él le babeaba a gusto la espalda mientras que ella le servía comida de las fuentes y tazones a su esposo. Si se encontraban sus miradas, sonreían con dulzura y cierta reserva, con la sonrisa de una larga y verdadera amistad.

Papá Müller definitivamente no estaba de acuerdo en que los hijos se fueran a vivir lejos cuando se casaban. Casarse estaba bien, pero ¿eso era motivo para quitarle a un hijo o a una hija? Él podía ofrecerles trabajo y techo a los esposos de sus hijas y, cuando fuera el momento, haría lo mismo con las esposas de sus hijos. Inclinandose sobre la cabeza de su esposo, desde el otro lado de la mesa, Annetje

me dijo que hace poco habían construido una habitación nueva que daba al noreste para que Hatsy viviera allí cuando se casara. Hatsy se sonrojó y casi mete la cabeza en el plato de comida. Luego, levantó la mirada con orgullo y exclamó:

—Ja, ja, ¡me casaré muy pronto! Todos rieron excepto Mamá Müller quien dijo en alemán que las muchachas no saben lo bien que están solteras y se empeñan en casarse. El comentario no pareció molestarle a nadie y Gretchen dijo que era una suerte que yo fuese a estar allí para la boda. Esto hizo que Annetje recordara algo y, hablando en inglés, les dijo a todos en la mesa que el pastor luterano le había aconsejado asistir más a menudo a la iglesia y llevar a los niños a la escuela dominical para que Dios la bendijera con un quinto hijo. Conté de nuevo y con el bebé que iba a tener Gretchen, sumaban ocho niños menores de diez años. Sin duda, alguien iba a necesitar una bendición en aquella multitud. Papá Müller le dio un breve discurso a su hija en alemán. Luego, se volvió hacia mí y dijo:

—Lo que digo es que es una locura ir a la iglesia y pagar a un predicador para que hable tonterías. Es como si él me pagara por ir y escucharme, ¡así yo sí iría!—. Los ojos se le encendieron con una furia repentina sobre aquella barba cuadrada, moteada de gris y amarillo, que le brotaba desde los pómulos.

—¿Qué es lo que él piensa, que mi tiempo no vale? ¡Qué bien, ah! ¡Que me pague!

Mamá Müller bufó y se movió inquieta en su lugar.

—¡Ach, habla, habla! Va haciendo enojarse al pastor si lo escucha. ¿Qué harremos si no bautizamos a los bebés?

– Déle buen dinerro y los baptissarrá – gritó Papá Müller – . ¡Ya verrá!

– Ah, sí, así ess – Mamá Müller estuvo de acuerdo –, ssolo que él no lo oiga!

Se inició una efusiva conversación en alemán durante la cual golpeaban los mangos de los cubiertos contra la mesa. Desistí en mi esfuerzo por comprender, pero observé sus rostros. Parecía una batalla campal, pero en realidad se ponían de acuerdo en algo. Estaban unidos en sus escepticismos tribales y en todo lo demás. Tenía una fuerte impresión de que todos ellos, incluso los yernos, eran un solo ser humano dividido en varias apariencias distintas. La criada lisiada trajo más comida, recogió algunos platos y se marchó cojeando. Parecía ser el único individuo en la casa. Aun yo me sentía dividida en fragmentos que había dejado o perdido en cada lugar que visité, en cada persona que conocí, pero sobre todo, en la muerte de personas cercanas que se llevaron a la tumba parte de mi vida. Sin embargo, la criada era un todo y no pertenecía a ningún lugar.

Me adapté con facilidad a la vida marginal de los hábitos y costumbres de la casa. El día comenzaba temprano en la granja de los Müller, desayunábamos bajo la luz amarilla de una lámpara con el viento húmedo y gris que soplaba con la suavidad de la primavera a través de las ventanas. Los hombres bebían las últimas tazas de café humeante de pie, con el sombrero puesto, y salían a enganchar a los caballos a los arados apenas clareaba. Annetje, cargando a su bebé rechoncho sobre el hombro, podía barrer o arreglar camas con una sola mano y todo estaba listo temprano. Pasaba el resto del día afuera cuidando a las gallinas y los cerdos. De

vez en cuando, entraba con una caja llena de polluelos que acababan de romper el cascarón, puños miserables de pelusa mojada, y los colocaba sobre una mesa en su cuarto donde los atendía cuidadosamente durante su primer día de vida. Mamá Müller caminaba por todas partes con grandes zancadas, dando órdenes a diestra y siniestra. Papá Müller, frotándose las barbas y encendiendo su pipa, se encaminó al pueblo mientras que Mamá Müller, tras él, le daba las últimas instrucciones acerca de lo que debía traer. Él nunca le contestaba y parecía no escuchar, pero siempre, después de unas horas, regresaba con todos los encargos y habiendo hecho todas las diligencias que su esposa le solicitaba. Después de arreglar mi cama y ordenar el ático, no tenía nada más que hacer, así que me alejé de aquel frenético bullicio y fui a caminar por la vereda sintiéndome completamente inútil. Pero el reposo, la casi mística inercia de las mentes de esta familia en medio de esta vida de esfuerzo físico, me invadía poco a poco y yo la absorbía en silencio, con gratitud, y sentía que todo el dolor anudado en mi alma empezaba a liberarse. Ahora era más fácil respirar y hasta podía llorar si lo deseaba. Después de unos días, no volví a llorar.

Una mañana vi a Hatsy cavando con una pala en la huerta y aceptó mi ayuda para esparcir las semillas y cubrirlas. Trabajábamos varias horas cada mañana hasta que el calor del sol y la posición inclinada me produjeron un vértigo placentero. Olvidé contar los días, todos me parecían iguales, excepto por el cambio en los colores del paisaje que se intensificaban con el avance de la primavera. La tierra se hizo más firme con la creciente maraña de una multitud de raíces.

Los niños, tan hambrientos y bulliciosos en la mesa, eran pequeñines pacíficos absortos en juegos silenciosos en el patio del frente. Siempre estaban haciendo panes y pasteles de barro y con sus maltrechas muñecas y animales de trapo simulaban las actividades de la vida doméstica. Los alimentaban, los acostaban, luego, los levantaban y volvían a alimentarlos y los ponían a trabajar haciendo más panes de barro. También jugaban a convertirse en caballos y se enganchaban a sus carros y carretas para llevarlos galopando hasta un gran castaño al otro lado de la casa. Al llegar al árbol, éste se transformaba en una taberna y ellos de nuevo, en seres humanos, moviéndose muy despacio y haciendo la mímica de tomar cerveza. Milagrosamente, volvían a transformarse en caballos, se enganchaban a sus carruajes y galopaban a casa. Cuando los llamaban, venían a comer y a acostarse con la docilidad de sus juguetes y animales de trapo. Sus madres los trataban con una dulzura instintiva y constante. Parecía que los niños nunca les daban problemas y ellas eran devotas y cuidadosas como una gata con sus gatitos.

A veces, llevaba a la niña de Annetje que le seguía al recién nacido, una bebé de dos años, al huerto y a la vereda en su pequeña carreta. En el huerto, empezaban a brotar conos verde agua de las ramas. Regresábamos por un camino más pequeño y más plano porque no era muy transitado y paseábamos despacio entre los morales donde el fruto empezaba a colgar y a encorvarse como gusanos verdes peludos. La bebé iba sentada sobre un montículo compacto hecho de franela y algodón, sus ojos azul claro rasgados brillaban bajo su gorro y mostraba

los dos dientes de abajo en una sonrisa absorta. Algunas veces, los otros niños nos seguían en silencio. Cuando me devolvía, ellos también lo hacían sin replicar y regresábamos a la casa con la misma serenidad con que salimos.

El angosto camino que descubrí llevaba al río y se convirtió en la ruta de mi caminata preferida. Casi todos los días, caminaba a la orilla del bosque desnudo y me entretenía buscando indicios de la primavera. Los cambios en aquellas tierras eran sutiles y graduales. Un día noté que las ramas de los sauces y de los arbustos de zarzamoras estaban llenas de pequeños puntos verdes. El color había cambiado durante la noche, o al menos así parecía, y supe que al día siguiente todo el valle, el bosque y la orilla del río estarían revestidos de verde, estremecidos por el viento.

Y así fue. Aquel día no regresé del río hasta que oscureció y caminé a través del pantano con los búhos y las chotacabras piando en lo alto de los árboles. Su llamado era un coro extraño y entrecortado en el bosque hasta que el grito de respuesta más lejano se convirtió en un eco fantasmal. Cuando pasé en medio del huerto, los árboles estaban llenos de luciérnagas. Me detuve y me quedé admirando aquel espectáculo durante largo rato; luego, caminé despacio asombrada porque nunca había visto algo tan hermoso. Los árboles estaban llenos de ramos pálidos que recién brotaban, las ramas permanecían inmóviles en la delgada oscuridad, pero los cúmulos de flores tiritaban en un baile silencioso de luz entretejida delicadamente, dando vueltas tan ligeras como las hojas en el viento y tan rítmicas como el agua de una fuente. Esa fuerza de vida había brotado en todos los árboles, frágil y fresca como las burbujas. Cuando abrí el portón, la luz de

la casa brilló sobre mis manos como una fogata. Después de entrar, miré hacia atrás y allí estaba el resplandor de luz dorada, no era un sueño.

Hatsy estaba arrodillada limpiando el piso del comedor con grandes trapos oscuros. Hacía ese trabajo de noche para que los hombres no ensuciaran el piso con sus pesadas botas y así quedaba limpio para el otro día. Levantó su joven rostro y me miró fatigada.

—¡Otilie, Otilie! —llamó Hatsy en voz alta antes de que yo pudiera hablar y dijo —Otilie le traerá la cena. Todo está listo—. Intenté decirle que no tenía hambre, pero ella quería asegurarme que no había problema por haber llegado tarde. —Escuche, todos debemos comer. Tarde o temprano, no hay problema—. Se sentó de cuclillas y levantó la cabeza para ver el huerto a través de la ventana. Sonrió, se detuvo un momento y dijo —Ha llegado la primavera. Eso ocurre todas las primaveras—. Y volvió a inclinarse sobre la gran cubeta de agua con los trapos.

La criada entró dando peligrosos traspies en el resbaloso piso y puso un plato de comida en la mesa para mí con lentejas, salchichas y repollo morado en trozos. Estaba caliente y sabroso y yo estaba muy agradecida porque me di cuenta que, después de todo, sí tenía hambre. La miré, “¿entonces se llama Otilie?”, y le dije:

—Gracias.

—No puede hablar —dijo Hatsy con toda naturalidad.

Aquel rostro, oscuro e indefinido, no era joven ni viejo, pero estaba surcado de arrugas que no tenían que ver con la edad o el sufrimiento, simplemente

arrugas, fisuras sin orden, ennegrecidas como si de un fuerte y cruel puñetazo le hubieran retorcido la carne. Sin embargo, en aquel rostro mutilado podían verse los pómulos salientes y los ojos azul claro rasgados, con las pupilas agrandadas y fijas que reflejaban la ansiedad de quien camina en la oscuridad llena de peligros. Chocó fuertemente contra la mesa al volverse, su espalda encorvada temblaba debido al incesante movimiento de sus secos brazos y se fue a toda prisa sin ningún propósito.

Hatsy volvió a acuclillarse durante un momento, tiró sus trenzas hacia atrás y dijo:

—Esa es Otilie. No está enferma, quedó así debido a una enfermedad que tuvo cuando era bebé, pero puede trabajar tan bien como yo. Ella cocina, pero no puede hablar de manera que uno la entienda—. Volvió a arrodillarse, se inclinó y continuó fregando el piso con energía renovada. Su cuerpo era una red de delgados y tensos ligamentos y largos músculos flexibles como un tejido de acero. Hatsy siempre trabajaría demasiado y estaría cansada toda la vida sin saber que eso era lo natural. Las personas trabajaban todo el tiempo porque siempre llega más trabajo cuando logran terminar lo que estaban haciendo. Terminé de cenar, llevé el plato a la cocina y lo puse sobre la mesa. Otilie estaba sentada en una silla con los pies cerca del horno abierto, los brazos cruzados y con un leve meneo en la cabeza. No se dio cuenta de que había entrado a la cocina.

En casa, Hatsy usaba un viejo vestido café de pana y botas de hule sin medias. Las enaguas dejaban ver sus delgadas piernas, levemente torcidas abajo de las rodillas como si hubiera empezado a caminar siendo muy pequeña.

—Hatsy es una chica buena y ágil —dijo Mamá Müller, quien rara vez alababa a alguien o algo. Los sábados, Hatsy se daba un minucioso baño en una gran tina, en la bodega detrás de la cocina, en donde también se almacenaban ollas, tarros para desperdicios y jarras para el agua. Se soltaba las trenzas y se amarraba el cabello amarillo, suave y ondulado, con una corona hecha de botones de rosas de algodón. Se ponía un vestido azul claro de seda china e iba al *Turnverein* a bailar y beber una jarra de cerveza oscura con su prometido, quien tenía tal parecido con los hermanos de Hatsy que bien podría pasar por uno de ellos, pero nadie lo notaba, excepto yo. Nunca dije nada porque yo era solo una extraña cuyos comentarios no tenían valor. Los domingos, toda la familia iba al *Turnverein* después de asearse bien y ponerse vestidos y camisas almidonados y después de almacenar las canastas de comida en las carretas. Otilie, la criada, corría a la puerta para verlos partir. Se paraba con los brazos temblorosos cruzados sobre la frente para proteger sus torturados ojos y poder ver a la familia hasta donde el camino hacía una curva.

# Informe de investigación

## Introducción

El texto traducido para este trabajo de investigación se compone de tres cuentos cortos que pertenecen a distintas escritoras estadounidenses y a distintas épocas: “The Revolt of Mother” de Mary Wilkins Freeman, escrito en 1891; “A Jury of Her Peers” de Susan Glaspell, escrito en 1917; y “Holiday” de Katherine Anne Porter, escrito en 1960. Los dos primeros se han traducido en su totalidad mientras que, debido a los requisitos de extensión para los trabajos de traducción, se tradujo aproximadamente una tercera parte de “Holiday”. Forman parte de una antología<sup>1</sup> de obras en prosa producidas por 57 escritoras estadounidenses durante los siglos XIX y XX. Esta antología nos muestra distintos temas feministas como los obstáculos a los que han tenido que enfrentarse las mujeres en nuestra sociedad a través del tiempo para hacer valer sus derechos y su ingenio para ganar libertad y poder.

La selección de textos literarios para este trabajo de investigación tiene dos objetivos principales: uno social y otro traductológico. La traducción proporciona al lector que no habla inglés acceso a literatura extranjera, tanto para fines académicos como para entretenimiento. Asimismo, la traducción de literatura contribuye a que el lector no bilingüe aprenda sobre otras culturas y otras visiones de mundo. Sin embargo, la razón principal para la escogencia de estos cuentos como texto de traducción es lograr que estas historias de valor y liberación lleguen

---

<sup>1</sup> Barret, Eileen y M. Cullinan, eds. *American Women Writers: Diverse Voices in Prose since 1845*. Nueva York: St. Martin's Press, 1992.

a muchas mujeres del mundo hispanohablante de todos los estratos sociales. En una sociedad como la nuestra donde las mujeres se encuentran en franca desventaja y son discriminadas de muchas maneras, desde las formas más escandalosas hasta las más sutiles, la divulgación de literatura que les dé esperanza y valor, como los cuentos traducidos, puede ser de gran relevancia histórica y social. Y aun si la traducción de estos textos no lograra contribuir a un cambio de toda la sociedad, puede ayudar a muchas mujeres a cambiar su propia historia de opresión mediante acciones cotidianas y pacíficas pero de gran significado.

En cuanto al campo de la traducción, se seleccionaron textos literarios porque, pese a que se han publicado numerosos trabajos acerca de la teoría de la traducción literaria, muchos de ellos parecen muy abstractos y no proporcionan al traductor principiante pautas o procedimientos claros que pueda poner en práctica para la traducción de los rasgos característicos del texto literario. Si bien es necesario cierto grado de sensibilidad para traducir literatura es igualmente necesario desarrollar y conocer técnicas mediante las cuales puedan resolverse los problemas de traducción representados por los rasgos culturales y estilísticos del texto literario.

Se revisaron varios trabajos de graduación relacionados con textos literarios y, pese a su gran valor en cuanto al análisis de diversos temas como la traducción del criollo limonense<sup>2</sup> o la traducción de conceptos de una cultura lejana como lo es

---

<sup>2</sup> Smith Jenkins, LaBonnie, traductora, *Traducción y análisis comparativo de los cuentos criollos del Hermano Araña realizada por un hablante nativo del criollo limonense y otro por un hablante no nativo del criollo limonense de Siany Gordon Spence* (Universidad Nacional, Biblioteca Joaquín García Monge, Heredia, Tesis 3836, 2000).

la cultura de la India<sup>3</sup>, ninguno contempla la traducción de adverbios de modo del inglés. No obstante, uno de los trabajos de graduación revisados, *La Casa Poseída de Shirley Jackson* realizado por Ana María Dianda Martínez (1999), trata el tema de las variedades de lengua (tema incluido también en la presente investigación) mediante el análisis del diálogo de la novela. Propone un método para conservar la espontaneidad y naturaleza de los enunciados en la lengua meta a través de los recursos expresivos del lenguaje coloquial para lograr varias funciones como apelar al interlocutor, asentir, rechazar o explicar.

La presente investigación se compone de tres capítulos. En el primer capítulo se analizan los rasgos intratextuales y extratextuales más sobresalientes del texto original con base en el análisis propuesto por Christiane Nord (1991). Se analizan los principales rasgos culturales y estilísticos de cada cuento, su función y relevancia en el texto fuente y el procedimiento utilizado para reproducirlos en el texto meta con un efecto análogo sin violentar la naturalidad de la lengua meta.

En el segundo capítulo, se analiza el uso de adverbios de modo en los textos narrativos en inglés, los cuales son muy frecuentes en ese idioma, pero deben evitarse en español para no incurrir en anglicismos de frecuencia ni producir un texto pesado para el lector de la versión traducida. El uso de gran cantidad de adverbios de modo es una característica común en los tres cuentos traducidos pese a que fueron escritos por distintas autoras en distintas épocas. A primera vista,

---

<sup>3</sup> Chaves Solano, Magaly, traductora, *Que Dios te conceda cien hijos varones: viaje a través de la vida de las mujeres de la India, de Elisabeth Bumiller*. (Universidad Nacional, Biblioteca Joaquín García Monge, Heredia, Tesis 2695, 1997).

podría parecer que este rasgo del inglés no tiene mucha importancia para el traductor, pero llega a representar una verdadera dificultad cuando deben traducirse veinte o treinta adverbios de modo al español en un solo texto. La traducción de los adverbios de modo del inglés no solo representa el reto de evitar el anglicismo de frecuencia sino también la tarea de precisar el matiz de significado con que se usa este elemento en relación al contexto. Por tanto, en este capítulo se describen los procedimientos utilizados para determinar el significado del adverbio con precisión y expresar su función modificadora sin incurrir en los anglicismos de frecuencia. Además, con el fin de proporcionar al traductor una herramienta de fácil acceso, se incluye una tabla de adverbios de modo tomados de los textos en inglés con las equivalencias usadas por la traductora en el texto meta. El valor principal de las equivalencias recopiladas se debe al hecho de que no han sido meramente extraídas de un diccionario sino que se han seleccionado de acuerdo con la situación comunicativa o contexto, lo cual es fundamental para la escogencia del término preciso en la lengua meta. Varios adverbios tienden a aparecer y reaparecer en distintos textos literarios narrativos y en situaciones análogas de los personajes, por lo que se espera que esta recopilación sea de gran utilidad para el traductor que se enfrente a un texto literario.

El tercer capítulo trata de las variedades de lengua presentes en los textos originales (dialecto geográfico, lenguaje campesino y coloquial y acento extranjero). Las variedades de lengua en los textos literarios tienen la función de caracterizar tanto a los personajes como su entorno y contribuir a crear el efecto de

la historia. Por tanto, el objetivo de este tercer capítulo es describir los mecanismos usados en la lengua meta para reproducir o recrear las variedades de lengua del TO en el TM con un efecto análogo.

## Capítulo I

### Generalidades

Se analizarán en este primer capítulo las características del texto original que han influido en las decisiones del traductor para trasladar el sentido del texto fuente a la lengua terminal de forma natural y eficaz. Se describen los principales aspectos extratextuales e intratextuales del texto original con el objetivo de representar el proceso mental que el traductor ha llevado a cabo antes de empezar la traducción, durante el proceso mismo de traducción e incluso durante el proceso de revisión y corrección de su trabajo.

El presente trabajo se centra en la traducción literaria ya que el texto original pertenece al género literario narrativo y consiste específicamente en tres cuentos cortos que forman parte de una antología de cuentos escritos por autoras estadounidenses desde 1845. En la traducción literaria cada palabra, cada frase y cada recurso estilístico contribuyen a conformar el sentido del texto, que en su totalidad, representa la unidad de traducción. Esto no quiere decir que cada rasgo del texto fuente deba traducirse con estricto apego. De hecho, esta práctica podría causar confusión o entorpecer el proceso de lectura en la lengua meta. Susan Bassnett-McGuire (1980) recomienda al traductor analizar esos rasgos léxicos y estilísticos a fin de determinar la función que cumplen en el texto original para reproducir esa función en la lengua meta.

La traducción literaria, pese a las concepciones tradicionales, no puede ser *fiel* al texto original, en el sentido estricto de la palabra. Para lograr una traducción inteligible, que se ajuste al genio de la lengua terminal, es necesario hacer cambios, pero estos a su vez, se realizan con el objetivo de trasladar la fuerza y el sentido de los elementos del texto original a la versión traducida.

En el presente trabajo, se emplea el tipo de traducción que Peter Newmark (1987, 71-76) denomina traducción semántica y Christiane Nord (1991, 72-73), traducción documental o exótica. Este tipo de traducción se centra en la intención y estilo del autor. Se conservan los rasgos de la cultura fuente y los elementos que imprimen un sello personal en el texto como sintaxis inusual, colocaciones poco comunes y metáforas originales. Se preserva el “sabor” extranjero del texto para permitir al lector de la lengua meta conocer la visión de mundo de otra cultura.

El cuento “The Revolt of Mother” de Mary Wilkins Freeman, fue escrito en 1891 y es el texto que contiene el mayor número de alusiones bíblicas e históricas y referencias culturales. La acción se sitúa en una granja de una pequeña villa de New England, al Noreste de los Estados Unidos. En él se muestra cómo una humilde y sumisa mujer logra cambiar su vida y la de su familia sin necesidad de usar la fuerza ni la violencia ni realizar un acto extraordinario. Consigue lo que añora, una casa digna donde vivir, mediante una acción pacífica y cotidiana. A lo largo del relato, aparecen varias alusiones a los peregrinos ingleses, su llegada a los Estados Unidos y su tradición puritana. Se mencionan sitios y personajes de la historia norteamericana como la Roca de Plymouth (lugar en donde encalló el

barco en que llegaron los primeros peregrinos), el general inglés James Wolfe, quien atacó a los franceses en Québec, y las Planicies de Abraham, campos frente a la ciudad de Québec en donde se llevó a cabo la batalla del general Wolfe. Para comprender estas referencias históricas, fue necesario que el traductor realizara un proceso de documentación. Con el fin de conservar estas referencias históricas y transmitir las al lector del texto meta, se utiliza el método explicativo, el cual consiste en utilizar el equivalente más exacto junto con una breve explicación o aclaración que se inserta en el texto traducido. Por ejemplo, en el texto original, la narradora compara la decisión de Sara Penn con *“Wolfe’s storming of the Heights of Abraham”* sin más explicación, asumiendo que su audiencia conoce ese pasaje de la historia norteamericana. En la traducción, es necesario insertar explicaciones para facilitar la comprensión y aprendizaje del lector de la lengua meta en cuanto a la cultura de origen del texto. Se agrega la palabra “general” y el nombre de Wolfe, “James”, así como la localización de las planicies de Abraham:

“Durante las horas siguientes, esta sencilla y piadosa madre de Nueva Inglaterra realizó una proeza comparable al asalto del general James Wolfe en las planicies de Abraham en la ciudad de Québec”. (p. 18)

En lo que respecta a las alusiones bíblicas constantemente se compara a la protagonista, Sara Penn, con un personaje bíblico, lo cual sirve para reflejar la mansedumbre y bondad de esta mujer:

*“Sarah Penn’s face...had that expression of meek vigor which might have characterized one of the New Testament saints.”* (p. 102)

“...she stood before her husband in the humble fashion of a Scripture woman.”

(p. 104)

Asimismo, los nombres de la mayoría de los personajes provienen del Antiguo Testamento: Sara, Adoniram (esposo de Sara), Hiram (hermano de Sara) y Sammy (Samuel), hijo de Sara y Adoniram. Newmark (1987) aconseja traducir los nombres propios si estos tienen alguna connotación. La mayoría de nombres propios de personajes históricos o famosos tienen un equivalente en otras lenguas o, al menos, una transcripción. Los nombres bíblicos presentes en este cuento conservan la misma grafía en español, excepto *Sarah* que cambia a Sara. La autora usa estos nombres como un medio para caracterizar a los personajes y para producir el ambiente religioso del lugar y época del cuento. Por ejemplo, según la historia bíblica, Adoniram fue un recaudador de impuestos en tiempos del rey David, Salomón y Roboam. Adoniram, el esposo de Sara, es un hombre que ha amasado fortuna y encarna las características de un hombre avaro, interesado en adquirir caballos y ganado a expensas del sacrificio de su familia. Hiram, significa “hermano exaltado” y en la historia bíblica se dice que fue gran amigo del rey David. En el cuento, Hiram es el hermano de Sara y gracias a la carta que éste escribe a Adoniram, se desarrollan una serie de eventos que le permiten a Sara realizar sus planes. En este sentido, Hiram es también el *amigo*, el *auxiliador* de Sara.

Asimismo, el sello de la autora se plasma en la introducción de metáforas originales que contribuyen a demostrar que la decisión de Sara es correcta y justa e inclusive, permitida mediante la ayuda divina:

*“Unsolicited opportunities are the guide-posts of the Lord to the new roads of life”*  
(p. 107)

“El Señor nos señala el camino a través de las oportunidades que llegan sin pedirlas”. (p. 17)

El cuento “A Jury of Her Peers” de Susan Glaspell, publicado en 1917, tiene como propósito demostrar que las mujeres poseen una sensibilidad e intuición generalmente ausentes en los hombres. En este cuento, dos mujeres descubren el motivo de un asesinato mediante detalles que observan en la cocina de la presunta asesina. Los varones continuamente se burlan de ellas pues consideran que las mujeres se preocupan por tonterías y se pasan la vida entre cosas sin importancia. Pero es mediante esas pequeñas cosas que las dos mujeres de esta historia logran descifrar el misterio del asesinato.

Entre los elementos de mayor dificultad de traducción en “A Jury of Her Peers” fue precisamente el título del cuento. Una traducción literal del título era simplemente inadmisibile: “Un jurado de sus iguales”. Sin embargo, esta traducción literal fue útil como punto de partida para recrear el título en la lengua meta. Tenemos “un jurado”, es decir, un grupo de personas que deben decidir si Minnie Foster (nombre de soltera), la señora Wright en el presente, es culpable o inocente con base en los hechos. La presunta asesina es una mujer y el jurado está

conformado por “sus iguales”, es decir, por otras mujeres que han tenido experiencias de vida similares a las suyas. Marta Hale y la señora Peters descubren el motivo del homicidio a través de pequeñas pistas halladas en la cocina de los Wright. El “jurado” descubre por qué Minnie mató a su esposo, pero decide ocultar la evidencia porque como mujeres, como “sus iguales”, comprenden la tortura a la que Minnie ha sido sometida durante veinte años por su esposo y han experimentado también un poco de esa tragedia, aunque en menor grado, en su propia vida. Así fue como después de este análisis, se eligió el título *Juzgada por sus iguales*. Este título conserva el misterio y la función descriptiva del título original y preserva la intención de la autora del cuento que es expresar que quienes deben juzgar a la acusada han experimentado en cierto grado las mismas situaciones que llevaron a ésta a cometer el crimen.

Otro elemento que ha requerido atención es la metáfora de las técnicas de confección de colchas y la forma en que se comete el asesinato: estrangulamiento. Dicha metáfora se desarrolla aproximadamente a partir de la mitad del cuento hasta el final. La autora utiliza una manualidad que ha sido tradición entre las mujeres norteamericanas durante varios siglos para crear una compleja comparación y revelar la falta de perspicacia de los hombres. Las mujeres de la historia encuentran la canasta de costura de la señora Wright mientras buscan alguna ropa para llevarle. Al ver la colcha, se preguntan:

*“Do you suppose she was going to **quilt** it or just **knot** it?”* (p. 508)

La primera dificultad es hallar un equivalente en español para los verbos *quilt* y *knot*. Los términos encontrados en los distintos diccionarios consultados no fueron del todo satisfactorios para la traductora. *Quilt* aparece como “acolchar” y *knot* como “anudar”. Es muy posible que, debido a que este tipo de manualidad no forma parte de la tradición artesanal de la cultura meta (centroamericana), la traducción de los vocablos relacionados con ella también representen cierta extrañeza. En el texto traducido, se combina el uso de los equivalentes mencionados y palabras de significado más general relacionadas con la costura:

*“Why, she was piecing a **quilt**,” and held up a large sewing basket piled with **quilt** pieces.”* (p. 508)

–Mire, estaba cosiendo una **colcha** –y levantó una canasta de costura llena de **retazos**. (p. 45)

Cuando los hombres, con tono burlón, preguntan a las mujeres cómo creen que la señora Wright iba a hacerlo (refiriéndose a la colcha), ellas responden con ironía (refiriéndose a la forma de matar al señor Wright): “Iba a **anudarlo**”. Pero ellos no logran relacionar la forma en que se comete el asesinato con la técnica de costura, que según las mujeres, usaría la acusada.

El tercer cuento, “Holiday” de Katherine Anne Porter, publicado en 1960, contiene lenguaje moderno e informal usado por la protagonista y narradora. Trata del viaje de una joven mujer a una granja de inmigrantes alemanes en el interior de Texas con el fin de escapar de sus problemas. Allí, ella descubre la falta de sensibilidad de esta familia alemana hacia uno de sus miembros, una mujer lisiada

y desfigurada debido a una terrible enfermedad que sufrió cuando era bebé. El cuento presenta rasgos narrativos de mucho interés para el campo de la traducción como descripciones detalladas del paisaje y el cambio de estaciones, muestras de inglés coloquial y el acento alemán de los miembros de la familia dueña de la granja.

Con base en la clasificación de las funciones comunicativas de Christiane Nord (1991) y la clasificación de tipos de textos de Newmark (1987), la función de los textos literarios es esencialmente expresiva, es decir, lo que prima es la expresión de las ideas, impresiones y opiniones del autor. Sin embargo, Christiane Nord en su artículo “La traducción literaria: entre intuición e investigación” (1990), afirma que la función expresiva del texto literario tiende a debilitarse y combinarse con la función informativa al emplear la traducción documental, es decir, cuando se intenta conservar el sabor extranjero del texto original y, por tanto, se mantienen y explicitan elementos propios de la cultura fuente. La intención del autor del texto original se sacrifica para permitir al lector de la cultura meta conocer acerca de la otra cultura. Como resultado, el efecto del texto no puede ser el mismo en el receptor original que en el receptor de la lengua meta. Ante un texto literario en otra lengua, el lector de la lengua terminal es una especie de espectador. Sin embargo, más que un problema, este es el resultado normal cuando se toma la decisión de conservar los elementos de la cultura fuente. De no ser así, se limitaría el acercamiento del lector de la lengua meta a la cultura del texto original.

Las narradoras de los tres cuentos tienen una actitud compasiva hacia las mujeres de sus historias. Describen el sufrimiento y los obstáculos que experimentan sus protagonistas y, a la vez, resaltan en ellas una fuerza interna casi invencible. Presentan penas, sentimientos y experiencias que son comunes para muchas mujeres. Se identifican con las mujeres de sus historias, consideran justas sus causas y apoyan sus decisiones.

Pese a que el tema de las referencias culturales no se trata en un capítulo separado, debe indicarse que los tres cuentos traducidos contienen referencias a elementos materiales de la cultura estadounidense como comidas, paisajes y las estaciones en sus respectivas épocas. Por ejemplo, en el cuento "Holiday", abundan las descripciones de la desolación del paisaje al terminar el invierno y de las maravillas del inicio de la primavera. El traductor se enfrenta a la tarea de reproducir imágenes ajenas a la realidad de la cultura meta. Con el objetivo de conservar los elementos extranjeros, se recurre en varias ocasiones a la explicación. Por ejemplo, *custard pie* se tradujo como **pastel de crema**. Debido a que la traducción de *custard* en los diccionarios bilingües es flan/natilla, se usó la definición del diccionario monolingüe (*a sweetened mixture of milk and eggs*) para seleccionar como equivalente la palabra **crema**.

Entre las mayores dificultades de traducción se encuentra el uso de gran cantidad de adverbios de modo en los textos originales que por lo general acompañan las acotaciones y descripciones del narrador. Esta situación enfrenta al traductor a los anglicismos de frecuencia y, más específicamente con los

anglicismos léxicos y la cacofonía. La precisión al traducir los adverbios de modo en los textos literarios es de vital importancia ya que contienen matices que caracterizan a los personajes y sus acciones y contribuyen a comunicar la intención del autor y a crear el efecto del texto. Por tanto, en el segundo capítulo de la memoria, se analizan los adverbios de modo que aparecen en los textos originales a fin de establecer procedimientos de traducción que contribuyan a lograr una versión más precisa y natural en la lengua meta. Asimismo, se recopilará una lista de adverbios de modo y las equivalencias usadas en la traducción de los cuentos con el objetivo de brindar al traductor una herramienta que le facilite el proceso de traducción de textos literarios.

Otro aspecto sobresaliente de los textos originales es la presencia de variedades de lengua (dialecto, lenguaje coloquial y acento extranjero). El tercer capítulo se dedica al análisis de estos rasgos estilísticos, su incidencia en la caracterización de los personajes y las estrategias utilizadas para reproducirlos en la lengua meta. En “The Revolt of Mother” se representa el dialecto rural de New England de finales del siglo XIX. En “A Jury of Her Peers” se recrea el lenguaje rural del campesino estadounidense. En “Holiday”, la narradora y protagonista utiliza un registro informal y coloquial, característico de su edad y su época. Según los especialistas como John Catford (1965, 91) y André Lefevere (1992, 68), para recrear las variantes del lenguaje original, el traductor debe identificar en la cultura meta un grupo social con características similares al grupo que se representa en el texto original y reproducir la forma de hablar de dicho grupo.

A lo largo de la traducción se consigue recrear un lenguaje rural que pueda ser comprendido por cualquier persona de habla hispana. Si bien es imposible recrear un lenguaje rural que coincida con los rasgos de todas las variantes del habla campesina de los distintos países hispanohablantes, se han utilizado marcadores que representan el lenguaje propio de gente sencilla y campesina, con poca escolaridad.

Para la traducción de "Holiday", en el cual se presenta el acento alemán en el inglés, se han utilizado mecanismos para reproducir una pronunciación, gramática y sintaxis con errores en español para producir el efecto del extranjero que ha aprendido una segunda lengua.

El lenguaje informal y campesino se presenta en distintos grados dependiendo del personaje que intervenga. Las variedades de lengua en estos cuentos no solo marcan la posición social sino también la capacidad emocional de algunos personajes. Los hombres de las historias utilizan el lenguaje poco culto con mayor frecuencia como reflejo de su falta de sensibilidad y dificultad comunicativa. Inclusive el patriarca alemán en "Holiday", tiene mayor dificultad para hablar inglés que su esposa. La pronunciación y el orden de las palabras que utiliza Papá Müller reflejan no solo el arraigo de su lengua materna sino también su carácter inflexible, severo y las costumbres machistas que dirigen su comportamiento.

Los adverbios de modo y las variedades de lengua presentes en los textos originales contribuyen a tejer el sentido de cada historia y a crear el efecto que cada

autora tenía en mente al escribirlas. El análisis de estos aspectos permitirá obtener una traducción que se ajuste al genio de la lengua meta y que tenga un efecto análogo al del texto original.

## Capítulo II

### Traducción de adverbios de modo en textos literarios

Uno de los rasgos más sobresalientes del texto original es la gran cantidad de adverbios de modo de los que se sirve el inglés. Por tanto, los objetivos de este capítulo son: 1. determinar y sistematizar los mecanismos que pueden utilizarse para evitar el anglicismo de frecuencia que se produce al traducir los adverbios de modo del inglés terminados en *-ly* como adverbios terminados en *-mente* en español y 2. establecer un procedimiento para seleccionar el matiz de significado más preciso del adverbio de modo de acuerdo con la situación comunicativa del texto original (TO). Estas técnicas contribuyen a preservar la riqueza descriptiva de los adverbios de modo de una forma natural en la lengua meta (LM).

Gerardo Vázquez-Ayora (1977, 102-103) explica que el anglicismo de frecuencia se da tanto a nivel de estructura como a nivel léxico pues consiste en trasladar al español **la frecuencia** con que aparece cierta composición o elemento en inglés. En lugar de utilizar los recursos propios del español para traducir el rasgo recurrente del inglés, se usa el equivalente más parecido una y otra vez. En la mayoría de los casos, la correspondencia utilizada en español no constituye en sí un anglicismo; el anglicismo se da por el uso excesivo de una forma determinada en el español. Así, los adverbios de modo terminados en *-mente* en español no constituyen en sí un anglicismo, por el contrario son vocablos perfectamente correctos y necesarios en muchas ocasiones según el matiz de la expresión. Lo que

resulta anglicado es el uso repetido de este tipo de adverbios, pues su uso en español es mucho más reducido que en el inglés; estaríamos trasladando al español la frecuencia de uso del adverbio en inglés, lo cual causaría cierta extrañeza en el texto traducido.

Para Vázquez-Ayora, esa capacidad del idioma inglés de admitir una gran cantidad de adverbios de modo terminados en *-ly* se debe a la tendencia de este idioma de describir detalles concretos de la realidad de forma muy sintética. Por el contrario, el español es una lengua que requiere del discurso analítico, es decir, de explicaciones para expresar lo que el inglés expresa con una sola palabra.

Los adverbios de modo aparecen en distintas instancias de los cuentos traducidos, lo cual se debe en buena parte al tipo de narrador y sus métodos de expresión o elocución. El narrador de "The Revolt of Mother" es un narrador observador pues da cuenta de lo que ve pero no sabe lo que piensan o sienten los personajes. En este cuento se usan mayormente los pasajes descriptivos y reflexiones mediante las cuales el narrador presenta sus ideas como en el siguiente ejemplo:

*"During the next few hours a feat was performed by this simple, pious New England mother which was equal in its way to Wolfe's storming of the Heights of Abraham."* (p. 108-109)

Asimismo, se utiliza el diálogo aunque en menor proporción que la descripción y exposición. Tan solo este cuento contiene aproximadamente 46 adverbios de modo terminados en *-ly*.

En “A Jury of Her Peers” hay narración en tercera persona. El narrador se encuentra fuera de la historia y es omnisciente en la medida que sabe lo que piensa y siente la protagonista, Martha Hale. El tipo principal de elocución que se utiliza en este cuento es el diálogo, por tanto, la voz del narrador aparece en los incisos o acotaciones insertados en medio de los parlamentos de los personajes o al final de estos. En este cuento encontramos cerca de 30 adverbios terminados en *-ly* en las acotaciones del narrador.

El narrador de “Holiday” es un narrador protagonista ya que el personaje principal es quien cuenta la historia. Encontramos extensos pasajes descriptivos y la exposición de las ideas y observaciones del narrador. El diálogo es escaso en comparación con las descripciones del paisaje, el clima y los personajes. En la porción traducida de este cuento (aproximadamente un tercio) hallamos 60 adverbios de modo terminados en *-ly*.

Antes de explicar los métodos principales recomendados por los especialistas para evitar el anglicismo de frecuencia al traducir al español los adverbios de modo del inglés, es necesario resaltar la importancia del contexto en la traducción de dichos adverbios. Durante el proceso de traducción fue fundamental la situación comunicativa de cada uno de los cuentos y sus personajes. Debe tenerse en cuenta el contexto en todo momento y consultar tanto diccionarios monolingües como bilingües para escoger la acepción que mejor se ajuste a la situación comunicativa y evitar los falsos cognados.

Es común que el traductor tienda a confiarse y a creer que si conoce palabras de la misma familia que el adjetivo que forma la base del adverbio en inglés, traducirá la forma adverbial sin recurrir a diccionarios. Sin embargo, muchos adverbios de modo se alejan bastante del significado de otras palabras similares, incluso del adjetivo del que se derivan y en esto el contexto tiene un gran peso. Un ejemplo de un error que el traductor podría cometer fácilmente en su ajetreado quehacer cotidiano es pensar que el adverbio *testily* se relaciona con la palabra *test* (prueba) y que, por tanto, su significado sería algo así como “poner a prueba”, “con la intención de poner a prueba a alguien/algo”. Mas si indagamos en un diccionario, ya sea monolingüe o bilingüe, veremos que el adverbio se deriva del adjetivo *testy* que no tiene nada que ver con una prueba pues significa “enojadizo/malhumorado/disgustado”.

Otro ejemplo es el adverbio *resentfully*, el cual aparece en dos ocasiones en *A Jury of Her Peers* y se traduce de forma distinta en cada uno de los casos con base en la situación comunicativa. La primera vez que aparece, el narrador lo utiliza para describir el modo en que el personaje enuncia su parlamento después de llenarse la mano de miel:

*“Here’s a nice mess,” he said **resentfully**. (p. 504)*

– Aquí hay un desastre – dijo **disgustado**. (p. 35)

La segunda vez que aparece este adverbio expresa cómo se siente una de las mujeres ante la burla de los hombres:

*"I don't see as there's anything so strange," Mrs. Hale said **resentfully**, after the outside door had closed on the three men – our taking up our time with little things while we're waiting for them to get the evidence". (p. 508)*

–No veo qué hay de malo –dijo Marta **con cierto resentimiento** cuando los hombres salieron– en que nos entretengamos con pequeñas cosas mientras esperamos a que encuentren alguna evidencia. (p. 45)

El significado más habitual del adjetivo *resentful* es "ofendido" o "agraviado", pero también puede expresar "enojo o disgusto profundo" como vimos en el primer ejemplo.

A fin de conocer con detalle los distintos matices de significado de los adverbios de modo del inglés y poder seleccionar el equivalente más adecuado de acuerdo con el contexto, se empleó el siguiente procedimiento durante la traducción:

1. Primeramente, se consultaba el significado del adverbio así como el significado del adjetivo que forma la base del adverbio de modo en diccionarios monolingües en inglés.
2. Luego, el adverbio, el adjetivo base y los equivalentes hallados se consultaban en un diccionario bilingüe.
3. Finalmente, el significado de los equivalentes en español se consultaba en un diccionario monolingüe.

Este procedimiento le permite al traductor ampliar su conocimiento acerca de la polisemia de las palabras y le permite transferir a la LM esa gama de significados

descriptivos con mayor precisión. Asimismo, los tres pasos del procedimiento descrito anteriormente no son siempre necesarios dependiendo del conocimiento del traductor y los matices de significado de cada adverbio.

El adverbio de modo da especificidad a las acciones de los personajes y, como se ha visto, un mismo adverbio puede agregar matices de significado muy distintos dependiendo del contexto. En la sección del adverbio como anglicismo léxico, Vázquez-Ayora (1977, 116-118) presenta una lista de adverbios de modo en inglés junto con un equivalente en español. Algunos de los adverbios enumerados en dicha lista también aparecen en los cuentos traducidos. Sin embargo, los equivalentes empleados en la presente traducción difieren de los proporcionados por Vázquez-Ayora. Estas diferencias en la traducción del adverbio se deben a sus distintos matices de significado y el contexto en que se utilizan:

<b>Adverbio en inglés</b>	<b>Equivalente (Vázquez-Ayora)</b>	<b>Equivalente (Traducción)</b>
<i>painstakingly</i>	a conciencia	con cuidado
<i>shortly</i>	a la mayor brevedad, en breve	secamente bruscamente
<i>wildly</i>	con rudeza	horrorizado, con espanto

Veamos los adverbios en contexto:

1. *He combed slowly and **painstakingly**...* ("The Revolt of Mother" p.101)  
Se peinó despacio y **con cuidado**... (p. 3)
2. *"But Mrs. Hale," said the sheriff's wife, "the law is the law".*  
*"I s'pose 'tis" answered Mrs. Hale **shortly**.* ("A Jury of Her Peers" p. 507)  
— Pero, señora Hale — dijo la esposa del alguacil —, la ley es la ley.  
— Supongo que así es — dijo Marta **secamente**. (p. 54)

3. *"We don't know who killed him [the bird]," whispered Mrs. Peters **wildly**. "We don't know."* ("A Jury of Her Peers" p. 512)

– No sabemos quién lo mató – susurró la señora Peters **con espanto** – No lo sabemos. (p. 54)

Lo anterior demuestra que no existe una equivalencia única para los adverbios de modo en inglés y que el contexto es fundamental en la selección precisa de la equivalencia en la lengua meta.

Entre los métodos de traducción que Vázquez-Ayora (1977, 116-119) recomienda para evitar el anglicismo de frecuencia de los adverbios terminados en *-mente*, el principal y más usado es la **caracterización sintáctica**. La caracterización consiste en definir el adverbio inglés mediante una locución o frase prepositiva en español. Es un tipo de transposición en la cual se sustituye un adverbio por una locución prepositiva, es decir, por una frase que empieza con una preposición.

El español posee un número limitado de preposiciones en comparación con el inglés, aproximadamente veinte preposiciones, mientras que el inglés posee más de sesenta. No obstante, ello no limita la capacidad de expresión del español. Según García Yebra (1997, 734), el español compensa el reducido número de preposiciones con que cuenta a través de las locuciones preposicionales, las cuales sirven para complementar el sentido del término del que depende la preposición llamado término regente.

Ejemplo: *"Yes, I s'pose I did", he said, **reluctantly**.* ("The Revolt of Mother" p. 101)

– Ajá, creo que sí – dijo **a regañadientes**. (p. 3)

Según Manuel Seco (1972, p. 147) los sustantivos con preposición son las palabras que se usan con mayor frecuencia en esta función adverbial y expresan nociones de tiempo, lugar, modo e intensidad.

Ej: Se trabaja **con gran esmero**. (modo)

Asimismo, María Moliner (1998, p. 1494) coincide con Vázquez-Ayora al proponer el uso de expresiones adverbiales formadas por un sustantivo de cualidad como una solución para evitar el uso excesivo de los adverbios terminados en *-mente* (v.g., *alegremente* se sustituye por *con alegría*). María Moliner también presenta la opción de usar la perífrasis *de manera (o modo) + el adjetivo* que forma la base del adverbio. Sin embargo, Vázquez-Ayora advierte que esta perífrasis debe usarse con cuidado pues si se emplea excesivamente, se produce un efecto similar al ocasionado por la repetición de los adverbios terminados en *-mente*.

Aun cuando la función principal del adverbio es modificar al verbo, esta palabra también puede modificar adjetivos, otros adverbios e inclusive al sujeto de la oración. Las locuciones prepositivas tienden a modificar acciones (verbos). En “A Jury of Her Peers”, debido al uso extenso de diálogos, muchos de los verbos modificados por el adverbio de modo pertenecen al grupo de verbos *dicendi* (v.g. *say, add, whisper, ask, concede*). A continuación se presentan algunos ejemplos de **caracterización sintáctica** usados en este cuento:

1. “*I’m glad you came with me*” Mrs. Peters said ***nervously***... (p. 500)

—Me alegra que viniera conmigo — dijo la señora Peters **con voz nerviosa**... (p. 27)

2. *"Of course they've got awful important things on their minds," said the sheriff's wife apologetically.* (p. 508)

– Bueno, es que ellos tienen cosas muy importantes en que pensar – dijo la esposa del alguacil **para disculparlos**. (p. 45)

El segundo método que recomienda Vázquez-Ayora para evitar el uso indiscriminado de adverbios de modo terminados en *-mente* es la transposición. Consiste en expresar la misma idea del adverbio usando otra categoría gramatical. Después de revisar textos paralelos, se pudo determinar que es común traducir el adverbio de modo del inglés por un adjetivo en español particularmente cuando el adverbio modifica al sujeto. A continuación se presentan algunos ejemplos de transposición usados en el texto meta, en los cuales el adverbio de modo del inglés se transforma en un adjetivo:

1. *"Well, I don't think she did," affirmed Mrs. Hale **stoutly**.* ("A Jury of Her Peers" p. 507)

– Pues no creo que ella lo hiciera – dijo Marta **convencida**. (p. 42)

2. *"I don't think we ought to touch things," Mrs. Peters said, a little **helplessly**.*  
(*"A Jury of Her Peers"* p. 508)

– Creo que no debemos tocar nada – dijo la señora Peters un poco **indecisa**. (p. 46)

3. *The old man glanced **doggedly** at his wife as he tightened the last buckles on the harness.*  
(*"The Revolt of Mother"* p. 100)

"El viejo lanzó una **inflexible** mirada a su esposa mientras ajustaba las últimas hebillas de las guarniciones". (p. 1)

En el último de los ejemplos anteriores, la cualidad de "obstinado e inflexible" describe tanto la personalidad del viejo como la forma en que miró a su

esposa. Además, constituye un ejemplo de transposición doble en donde un “verbo + adverbio” (*glanced doggedly*) se transforma en un “sustantivo + adjetivo” (mirada inflexible). Pese a que la transposición doble no es tan común como la transposición sencilla, en la presente traducción se emplea en varias ocasiones:

1. “*Her delicate face flushed pink, her lips **pouted softly**, as if she were to cry*”.

(“The Revolt of Mother” p. 102)

“Dijo Nanny, con su delicado rostro enrojecido e hizo un **leve puchero** como si fuera a reventar en llanto”. (p. 5)

2. “*The road **turned abruptly** and was almost hidden for a moment...*” (“Holiday” p. 369)

“El camino daba un **giro repentino** que lo ocultaba durante un instante...” (p. 65)

En estos ejemplos, el “verbo + adverbio” se transforma en un “sustantivo + adjetivo” en la versión traducida.

3. “*Presently Adoniram clattered out of the yard in his two-wheeled dump cart, standing as **proudly upright** as a Roman charioteer*”. (“The Revolt of Mother” p. 106)

“Adoniram salió ruidosamente del patio en su carreta de carga de dos ruedas, tan **erguido y orgulloso** como un guerrero romano”. (p. 13)

Aquí, el “adverbio + adjetivo” se transforman en adjetivos en el texto meta.

En otros casos, el adverbio cambió a un verbo o la estructura “adverbio + adjetivo” se fusiona en un solo adjetivo:

1. “*Men came on pleasant Sundays...and stood around it [the new barn] **admiringly***.”

(“The Revolt of Mother” p. 106)

“Los hombres venían los domingos a **admirar** el nuevo granero...” (p. 13)

2. “He was *lightly built, but clumsy*”. (“The Revolt of Mother” p. 101)

“Sammy era **menudo**, pero desgarbado.” (p. 4)

Durante la etapa de revisión de la traducción, se recopiló una lista con adverbios de modo tomados de los textos originales. Se ha confeccionado un cuadro con los adverbios y el equivalente utilizado en el texto meta, el cual aparece resaltado en negrita. Los equivalentes se clasifican en el cuadro de acuerdo con el procedimiento de traducción empleado, sea la caracterización o la transposición.

Asimismo, se proporcionan algunos equivalentes adicionales, en letra regular, usados como alternativas durante el proceso de traducción a fin de representar la gama de matices de significado del adverbio con la mayor precisión posible.

El cuadro tiene como objetivo ayudar al traductor a prevenir el anglicismo de frecuencia de los adverbios terminados en *-mente* y proporcionarle varias opciones para traducir el adverbio de modo del inglés. Esta lista es útil para el traductor de textos narrativos ya que los adverbios de los cuentos traducidos parecen ser recurrentes; por tanto, es muy probable que el traductor de cuentos o novelas, incluso de obras de teatro (instrucciones del guión), encuentre en su texto original varios de los adverbios incluidos en la lista. Como se ha señalado, no existe una fórmula única para traducir los adverbios de modo del inglés al español; lo que el traductor encuentra es una gama de alternativas y debe seleccionar la que más convenga según el contexto o la situación comunicativa y los elementos oracionales modificados por el adverbio.

Adverbio de modo en inglés	Locución prepositiva	Adjetivo
<i>absently</i>		<b>distraído</b>
<i>aggressively</i>		<b>indignado</b>
<i>apologetically</i>	<b>para disculpar/excusar (a alguien)</b>	
<i>assiduously</i>	<b>con esmero</b>	
<i>awkwardly</i>		<b>extraño</b> incómodo
<i>bitterly</i>	<b>con amargura/rencor</b>	rencoroso
<i>bravely</i>	<b>con valentía</b>	
<i>briskly</i>		<b>decidido</b>
<i>brusquely</i>	<b>de repente</b>	abrupto
<i>calmly</i>	<b>con calma</b> <b>con naturalidad/tranquilidad</b>	
<i>comfortably</i>	<b>a gusto</b>	
<i>confidentially</i>	<b>en confianza</b>	
<i>dazedly</i>		<b>aturdido</b>
<i>deliberately</i>	<b>con prudencia</b> a propósito/con intención	
<i>dreamily</i>		<b>absorto en un sueño</b> distraído
<i>doggedly</i>		<b>inflexible</b> obstinado
<i>doubtfully</i>		<b>no muy convencido</b> incierto dudoso
<i>facetiously</i>	<b>a manera de chiste</b>	chistoso gracioso
<i>fiercely</i>	<b>con furia</b>	
<i>furtively</i>		disimulo secreto
<i>gently</i>	<b>con amabilidad</b>	
<i>gratefully</i>	<b>con gratitud/agradecimiento</b>	agradecido
<i>grimly</i>	<b>con ironía</b>	severo inflexible inexorable
<i>guardedly</i>	<b>con cautela</b>	
<i>helplessly</i>	en vano	<b>indeciso</b> <b>impotente</b> incapaz/imposibilitado

Adverbio de modo en inglés	Locución prepositiva	Adjetivo
<i>hoarsely</i>	<b>con voz ronca</b>	
<i>incisively</i>		<b>tajante</b>
<i>intently</i>	<b>con atención</b>	absorto resuelto
<i>midly</i>	<b>con naturalidad</b> sin alterarse	
<i>nervously</i>	<b>con voz nerviosa</b> <b>con nerviosismo</b>	<b>nervioso</b>
<i>painstakingly</i>	<b>con cuidado</b>	
<i>promptly</i>	<b>al instante</b> <b>de prisa</b>	
<i>quietly</i>	<b>en silencio</b>	
<i>reflectively</i>		<b>pensativo</b>
<i>relentlessly</i>		<b>implacable</b> severo
<i>reluctantly</i>	<b>a regañadientes/</b> de mala gana	
<i>resentfully</i>	<b>con resentimiento/</b> rencor	<b>disgustado</b> ofendido/agraviado
<i>sedately</i>	<b>con tranquilidad</b> con sosiego/serenidad	
<i>silently</i>	<b>sin hacer ruido</b> en silencio	callado silencioso
<i>speechlessly</i>	<b>sin poder decir nada</b>	estupefacto enmudecido
<i>sternly</i>	<b>con severidad</b>	duro terminante
<i>stoutly</i>		<b>convencido</b> resuelto
<i>sturdily</i>	<b>con vitalidad/</b> fuerza	<b>robusto</b> fuerte vigoroso
<i>testily</i>	con enojo	<b>molesto</b> malhumorado
<i>tolerantly</i>	<b>con tono indulgente</b>	
<i>vigorously</i>	<b>con energía/</b> vigor	
<i>wildly</i>	<b>con espanto</b> sin pensar/a tontas y a locas sin ton ni son	horrorizado frenético histérico

## Capítulo III

### **Variedades de lengua en textos literarios**

Los cuentos traducidos para el presente trabajo de graduación tienen en común la característica de que todos presentan alguna variedad de lengua sea un dialecto geográfico, dialecto social o acento extranjero. Los personajes enuncian su parlamento de acuerdo con su situación y origen. Como resultado, el traductor se enfrenta al reto de representar en la lengua meta las variedades de lengua presentes en el texto original. Las variedades de lengua en los textos literarios suelen tener gran importancia pues contribuyen a la caracterización de los personajes y su entorno y a crear el tono del texto como un todo. El traductor tiene la tarea de representar ortográficamente algunas de las variaciones lingüísticas y fonológicas de los personajes según su origen social. Esta representación no es pues un reflejo exacto de la forma de hablar de cierto grupo sino una técnica representativa de la variedad empleada por un grupo en condiciones sociales específicas.

Basil Hatim y Ian Mason (1995, p. 56) clasifican las variedades de lengua en razón de dos elementos: el usuario y el uso del lenguaje. Las variedades relacionadas con el usuario se denominan dialectos. El dialecto es una variedad de lengua relacionada con el origen del hablante en la dimensión geográfica, temporal y social. Hatim y Mason subdividen los dialectos en cinco categorías: geográfico, temporal, social, estandarizado e idiolecto. Como su nombre lo dice, el dialecto

geográfico corresponde a las variedades lingüísticas características de cierto lugar o región. El dialecto temporal refleja los cambios de una lengua a través del tiempo. El dialecto social se refiere a la variedad de lengua que utiliza cada grupo en el que se divide una comunidad lingüística. Tanto el lingüista John C. Catford (1965) como Hatim y Mason (1995, p. 57) advierten de la precaución que debe tener el traductor al intentar reproducir los dialectos geográficos y sociales ya que, por lo general, estos conllevan implicaciones ideológicas y políticas. Por ejemplo, si el modo de hablar de los miembros de un grupo inculto y mafioso se tradujera usando la variedad de español mejicana, las características de “inculto” y “mafioso” se transfieren implícitamente al grupo de personas que hablan esa variedad de español. El idiolecto es la forma particular en que se expresa cada individuo: forma personal de pronunciar ciertas palabras o uso frecuente de ciertas estructuras léxicas y sintácticas. La necesidad de reproducir el idiolecto en la traducción depende de la función que este rasgo desempeñe en el texto original. Por lo general, el idiolecto contribuye a crear la identidad de los personajes. No obstante, el idiolecto de cada individuo está inmerso en el dialecto del grupo social al que éste pertenece y comparte características con dicho dialecto. Por tanto, en la mayoría de los casos, se recomienda reproducir el dialecto como estrategia de traducción. Catford clasifica el dialecto y el idiolecto como variedades de lengua permanentes pues aunque sufren algunos cambios con el tiempo, el individuo conserva su idiolecto y dialecto relativamente invariable a lo largo de su vida.

El registro pertenece a las variaciones lingüísticas relacionadas con el uso del lenguaje. Éste se relaciona con la forma de expresarse en un campo social más amplio como el científico, el religioso o deportivo y depende de la situación inmediata del hablante y receptor. Por esta razón, Catford señala que el registro es una variedad de lengua transitoria ya que el individuo usa distintos registros según las situaciones comunicativas a las que se enfrenta y lo que intenta obtener de ellas. El registro depende de la actitud del hablante con respecto al receptor y comprende una amplia escala de modos de expresión entre los que encontramos: formal, respetuoso, neutro, educado, coloquial, informal, íntimo.

Tanto Catford como André Lefevere (1992) afirman que en condiciones normales, el lenguaje siempre ocurre dentro de cierto contexto o situación, el cual debe tomarse como punto de partida para reproducir las variedades de lengua presentes en el texto original. Catford comenta un ejemplo de cómo se reprodujo el dialecto británico conocido como *cockney* en francés. El *cockney* se usa en el sudeste de Inglaterra; sin embargo, para efectos de la traducción, el aspecto geográfico no es lo más importante e incluso, en muchas ocasiones es irrelevante. Lo importante es quiénes lo usan y en qué medio social o situación. El *cockney* es un dialecto usado por personas con poca educación, de clase obrera, que viven en las cercanías de la capital inglesa. En la traducción, se utilizó un dialecto francés, que pese a ser usado en un área geográfica distinta (norte de Francia), comparte las mismas características sociales que el *cockney*.

Las variedades de una misma lengua comparten un conjunto de características principales (gramaticales, léxicas y fonológicas). A la vez, cada variedad posee rasgos propios llamados marcadores, los cuales la distinguen de otras variedades. Estos rasgos distintivos difieren considerablemente de una lengua a otra; por tanto, es imposible reproducir los mismos marcadores de una variedad de la lengua fuente en la lengua terminal. La tarea del traductor es buscar en la cultura meta una variedad usada por individuos en una situación sociocultural análoga a la que se presenta en el texto original y reproducir las características del habla de ese grupo. Lefevere (1992, p. 61) y Roberto Mayoral Asensio (1990, p. 67-68) advierten del peligro de las discrepancias entre la variedad seleccionada en la lengua terminal y la situación expresada por el texto original, lo cual produce un efecto cómico que interfiere con la intención del autor del texto original y su efecto en la audiencia. Nada más imaginemos a un señor de alta sociedad hablando como el vendedor de periódicos de la esquina.

“The Revolt of Mother” presenta algunos rasgos de uno de los cuatro principales dialectos que se distinguen en el territorio estadounidense: el dialecto de New England. Este dialecto tiene su origen en la migración de grupos puritanos desde las islas británicas en el siglo XVII. La fuerte influencia religiosa de los primeros colonizadores se refleja en el uso de nombres del Antiguo Testamento: Sara, la protagonista, Adoniram, su esposo, Hiram, su hermano y su hijo Sammy (diminutivo de Samuel). Asimismo, el cuento contiene algunos vocablos propios de la región nordeste:

**Vocablo regional****Vocablo general***cellar**basement**pail**bucket*

Otro rasgo del dialecto geográfico es el uso de arcaísmos en el diálogo de Sara y

Adoniram:

*afore* (*before*)*forenoon* (*morning*)*in the midst* (*in the middle*)*betwixt* (*between*)

El uso de palabras arcaicas contribuye a crear el ambiente rural y conservador de una villa poblada por descendientes de los primeros peregrinos. Ha sido necesario neutralizar el vocabulario arcaico en la traducción debido a que en la lengua meta no se cuenta con un arcaísmo equivalente para cada uno de ellos. Sin embargo, otros detalles del texto como la vida en la granja y el comportamiento de los personajes permiten al traductor reproducir la atmósfera puritana de finales del siglo XIX. Asimismo, en el relato, se mencionan los frijoles horneados (*baked beans*), los cuales eran parte de la cena preferida de Adoniram los sábados. Según las fuentes consultadas, esta es una comida tradicional de la región que todos sabían cómo preparar, situación que contribuyó a crear la expresión “*not know beans about*”.

“The Revolt of Mother” y “A Jury of Her Peers” comparten la característica de que el lenguaje más rudimentario es usado por hombres (específicamente, los esposos de las protagonistas), quienes emplean la mayor cantidad de variaciones gramaticales, léxicas y fonéticas en comparación con el inglés estándar (variedad usada en la educación y los medios de comunicación). Es posible que esto se deba a

la orientación feminista de los cuentos, en los cuales se intenta demostrar que las mujeres poseen mayor sensibilidad e inteligencia que los hombres. Al parecer, la falta de sensibilidad de los varones se representa mediante el uso de una variedad de lengua considerada poco culta. En "The Revolt of Mother", el narrador describe la forma de hablar de Adoniram, esposo de Sara, de la siguiente manera: "*He ran his words together, and his speech was almost as inarticulate as a growl*" (p. 100) mientras que de Sara dice: "*But the woman understood; it was her most native tongue.*" (p. 100)

Asimismo, en ambos cuentos encontramos el dialecto social o sociolecto perteneciente a la clase campesina, el cual denota poca educación formal y contiene lenguaje informal y coloquial. En "The Revolt of Mother", el habla campesina aparece principalmente en el discurso de Sara y Adoniram Penn. Por la forma de hablar de Adoniram, deducimos que es una persona que ha recibido muy poca educación formal o ninguna y que es rudo y poco comunicativo. Sammy, el hijo de la pareja, también utiliza el habla campesina, pero su lenguaje parece refinarse hacia el final del cuento como una forma de reflejar su cambio interior. Él, que siempre ha estado del lado de su padre e inclusive mantuvo en secreto la construcción del nuevo granero, hacia el final de la historia, apoya la decisión de su madre y está dispuesto a defenderla. Por otro lado, Nanny, la hija de Sara y Adoniram, es representada como una muchacha bella y delicada, casi como un ángel y, por tanto, es el personaje que utiliza el lenguaje más educado, con menor número de alteraciones gramaticales, léxicas o fonéticas.

Algunos de los rasgos principales del lenguaje campesino en “The Revolt of Mother” son efectos fonéticos en el diálogo de los personajes:

- Omisión de sonidos, lo cual se representa con una apóstrofe en el sitio

de la omisión:      *an'* (*and*)      *diggin'*      *doin'*      *goin'*  
                          *mornin'*      *blessin'*      *nothin'*  
                          *s'pose* (*suppose*)      *wa'n't* (*was not*)      *'em* (*them*)

- Alteración en la pronunciación de algunas palabras:

Palabra en inglés	Pronunciación alterada
earth	<i>airth</i>
get	<i>git</i>
just	<i>jest</i>
maybe	<i>mebbe</i>
since	<i>sence</i>
you	<i>ye</i>

El lenguaje campesino también se representa mediante algunas desviaciones gramaticales:

- Uso del pronombre objeto *them* en lugar del pronombre demostrativo *those*:

“What are **them** men diggin' over there in the field for?” (p. 99)

“I want you to look at the stairs that go up to **them** two unfinished chambers...”

(p. 104)

“If **them** cows come to-day, Sammy can drive 'em into the new barn...” (p. 107)

- Uso de la negación *ain't* y de la doble negación (lenguaje coloquial):

*"I ain't got nothin' to say about it." (p. 104)*

*"We ain't had no new paper on it for ten years..." (p. 104)*

*"You said you had money enough, an' you wouldn't ask me to live in no such place as this." (p. 105)*

- Uso de *s* al final de algunos adverbios como *somewheres* y *noways*.
- Concordancia sujeto/verbo y sujeto/auxiliar:

*"He can't help it, 'cause he don't look at things jest the way we do." (p. 102)*

*"You see this room, father; it's all the one I've had to work in...sence we was married." (p. 104)*

*"I hadn't no idee you was so set on't as all this comes to." (p. 112)*

"A Jury of Her Peers" se desarrolla en el campo del medio oeste americano y presenta algunas características del dialecto regional estadounidense conocido como dialecto de los Montes Apalaches. Este dialecto comparte varios rasgos del dialecto sureño debido a las migraciones de blancos de clase baja hacia la región del medio oeste. Uno de los rasgos más sobresalientes de este dialecto es el uso de expresiones idiomáticas muy pintorescas:

*to have my hands full = to be very busy*

*to be put off = to get rid of/evade a person*

*to be done up = worn out*

*to keep your eye out = to be attentive, watchful*

*to be close (a person)= miserly, stingy*

*to have something red up/slicked up = to refer to a neat house.*

Otra característica es la omisión de la “g” al pronunciar palabras que terminan en ng. Al parecer, este es un rasgo que se conserva desde la colonización por parte de escoceses e irlandeses, cuyos lenguajes nativos no poseen la estructura “ng”, además, de ser un resultado de la mezcla con el dialecto sureño. El dialecto del medio oeste presenta la negación *ain't* y la doble negación, rasgo que también es común en el sur. Cabe señalar que tan solo el señor Hale utiliza esta negación.

En “A Jury of Her Peers” también encontramos el dialecto social de la clase campesina. Los Hale son una familia de granjeros con poca educación académica, lo cual se refleja en su lenguaje informal y coloquial. En esta historia en particular, la diferenciación de las distintas variedades de lengua usadas por los personajes es de vital importancia para su caracterización. La variedad menos culta es empleada principalmente por Marta, la protagonista, y su esposo, el señor Hale. Los personajes que se encuentran en un nivel socioeconómico superior como el alguacil y su esposa, la señora Peters, utilizan lenguaje coloquial en algunas ocasiones pero no presentan grandes desviaciones gramaticales o fonéticas. Finalmente, el personaje que pertenece a la clase social más alta, el fiscal del distrito, usa una variedad estándar en todo momento.

En esta historia el lenguaje informal y coloquial se representa mediante el uso de elementos léxicos como:

- Interjecciones *my* y *why* (para expresar sorpresa, duda, indignación):

“*Why, I don't think she minded.*” (p. 502)

“*Why, she was piecing a quilt.*” (p. 508)

*"My!" said Mrs Peters...hurrying to the stove." (p. 506)*

*"My, wouldn't they laugh?" (p. 513)*

Estas interjecciones se tradujeron por los siguientes equivalentes (respectivamente): bueno/mire/ ¡Santo Dios!/ ¡Ay, Dios! En la traducción, se ha evitado usar elementos estrictamente locales como, por ejemplo, la interjección "Diay" con el fin de lograr una versión inteligible para cualquier lector hispanohablante.

También se utilizan elementos gramaticales como:

- La omisión de pronombres sujeto y omisión del verbo y verbo auxiliar en las preguntas conocidas como *yes/no questions*:

*"Wish I'd thought of that sooner!" (p. 505)*

*"Pretty cold out there." (p. 513)*

*"You coming with me, Mrs. Hale?" (p. 506)*

*"Ever think of it that way, Mrs. Peters?" (p. 513)*

- Uso de los adjetivos *real* y *awful* + adjetivo en función de adverbio para resaltar el adjetivo que preceden. Es importante señalar que únicamente las mujeres utilizan esta estructura.

*"She used to sing **real** pretty herself." (p. 509)*

*"...and she was **real** upset." (p. 509)*

*"Those towels get dirty **awful** quick." (p. 504)*

*"Of course they've got **awful** important things on their minds." (p. 508)*

- Concordancia sujeto/verbo y sujeto/auxiliar:

*"I says to Harry..."* (p. 502)

*"She don't care."* (p. 506)

*"Well, I guess John Wright didn't wake up when they was slippin' that rope under his neck."* (p. 507)

El habla campesina también se observa en elementos fonéticos similares a los presentes en "The Revolt of Mother" como la omisión de sonidos y la pronunciación alterada de algunas palabras. Por ejemplo, la palabra *suppose* aparece como *s'pose* y el señor Hale dice *coroner* en lugar de *colonel* y *dunno* en lugar de *don't know*.

Catford (1965) y Lefevere (1992) coinciden en que es imposible utilizar en el texto meta los mismos rasgos fonéticos, léxicos y gramaticales usados en el texto original ya que estos rasgos o marcadores son propios de cada lengua y cultura. En ambos cuentos, encontramos personas con un nivel de educación formal muy bajo, trabajadores de la tierra, que viven en granjas apartadas, en pueblos conservadores. Como grupo análogo se ha seleccionado a los campesinos representados en las *Concherías* de Aquileo J. Echeverría y en *Marcos Ramírez* de Carlos Luis Fallas, insignes autores de la literatura costarricense. En estas obras, vemos al campesino sencillo, de baja escolaridad, que vive de su trabajo en el campo, en una sociedad patriarcal y prejuiciosa.

Lefevere (1992) señala que, en muchos casos, el traductor se ve obligado a neutralizar o estandarizar la variedad del texto fuente y compensar en otras

secciones de la traducción a fin de conservar el sentido y efecto del texto. En los siguientes ejemplos de “A Jury of Her Peers” no fue posible recrear el habla informal de Martha Hale y debió usarse el lenguaje estándar:

*“She **don’t** care,” she said to herself. (p. 506)*

*“A ella no le importa”, pensó Marta. (p. 41)*

*“I **s’pose ‘tis**,” answered Mrs. Hale shortly. (p. 507)*

*“Supongo que así es – dijo Marta secamente”. (p. 44)*

La cantidad y variedad de marcadores de dialecto y registro es mucho mayor en los textos originales que en el texto meta. Por ejemplo, mientras que en la siguiente oración en inglés encontramos dos marcadores del lenguaje rural de New England, al traducirla únicamente se ha usado un marcador para recrear la variedad en español:

Ej. *“What are **them** men **diggin’** over there in the field for?”*

*(“The Revolt of Mother” p. 99)*

*– ¿**Pa** qué están esos hombres cavando en el campo? (p. 1)*

Con fundamento en los textos paralelos, se utilizaron los siguientes elementos para recrear el habla campesina en la lengua meta:

1. Omisión de sonidos, pero ésta, a diferencia del inglés, no se señala con una apóstrofe. La apóstrofe se utiliza para indicar que dos palabras separadas se han unido en una sola al pronunciarlas.

- Omisión de la “d” al inicio de algunas palabras como las conjugaciones del verbo “decir” o la palabra “donde”:

Ej. – Mamá, ya le **ije** que no pueo.

– ¿**Onde** está?

- Omisión de la “d” al final de palabras terminadas en -ada, -ado, -edo, -ido:

Ej. naa (nada) quejao (quejado) tenío (tenido)

- Omisión de la “d” al final de algunas palabras como:

Ej. usté (usted) necesidá (necesidad) verdá (verdad)

- Omisión de la “r” del infinitivo + pronombre enclítico:

Ej. hacelo (hacerlo) ayudame (ayudarme)

- La unión de palabras: que/de + palabra que inicia con vocal (aquí sí se utiliza la apóstrofe):

Ej. – Tengo qu’escargala

– Tengo qu’ir...

– ¿Qu’es que va a comprar más vacas?

Qu’eso qu’el d’eso

- Pronunciación alterada:

Ej. pa (para)

vía (veía)

- Sustitución de la “f” inicial seguida de vocal por “j”:

Ej. – ¿Qué **jue**? – Sammy **jue** al correo.

Para ilustrar el uso de los procedimientos anteriores, se adjunta la traducción de una muestra de un pasaje de “The Revolt of Mother”:

*“You see this room, father; it’s all the one I’ve had to work in an’ eat in an’ sit in sence we was married. There ain’t another woman in the whole town whose husband ain’t got half the means you have but what’s got better. It’s all the room Nanny’s got to have her company in; an’ there ain’t one of her mates but what’s got better, an’ their fathers not so able as hers is. It’s all the room she’ll have to be married in.”* (p. 104)

“ Esta cocina, papá, es too lo que he tenío pa trabajar, pa comer, pa sentarme desde que nos casamos. En too el pueblo, no hay ni una mujer que tenga un marido con la mitá del capital que usté tiene, pero viven mejor que yo. Esta cocina es too lo que Nanny tiene pa recibir a su prometío mientras que las demás muchachas tienen algo mejor aunque sus padres no tengan los medios que usté tiene. Es too lo que tendrá pa la boda”. (p. 9)

Por otra parte, en “Holiday” encontramos el acento alemán de los miembros de la familia Müller, especialmente el acento de Papá y Mamá Müller. El acento se refiere a la forma en que una persona pronuncia una lengua, es decir, se limita al ámbito fonológico. Lefevere señala el acento como uno de los principales marcadores del idiolecto.

Pese a que son pocos los parlamentos de los personajes de la familia Müller, la recreación del acento alemán es de vital importancia debido al trasfondo del relato en el que se quiere resaltar los fundamentos utilitarios (socialistas) que rigen a los miembros de la familia Müller y los llevan a ser insensibles ante la discapacidad de Otilie, la hija lisiada debido a una enfermedad.

En el texto original, el acento de Papá y Mamá Müller se representa mediante rasgos fonéticos propios del idioma alemán:

- La *s* se pronuncia con vibración como *z*
- La sustitución de la *d* por *t* en palabras como *good* (*goot*)

- *W* se pronuncia como *v*.

También se insertan algunas palabras en alemán en el parlamento de los personajes como la conjunción *und* en vez de *and*. Asimismo, se altera la sintaxis y la gramática en los enunciados de Papá y Mamá Müller para reflejar su precaria competencia lingüística en inglés.

La bibliografía en cuanto a la traducción del acento extranjero es escasa. Por tanto, para representar el acento alemán en la versión en español se utilizó el mismo procedimiento observado en textos en inglés en los que se representan acentos. Se reproducen algunos rasgos fonéticos sobresalientes propios de la lengua extranjera, ya que es muy probable que un hablante nativo del alemán o de cualquier otro idioma reproduzca los sonidos que le son familiares en cualquier lengua que aprenda. Asimismo, se utilizó una página en Internet en la cual se muestran rasgos fonéticos de la pronunciación de individuos provenientes de distintos países al leer un mismo párrafo en inglés (<http://classweb.gmu.edu/accent/generalizations>) y se emplearon esas características en español:

- Al igual que en el inglés, la *s* se pronuncia con vibración como *ss*.
- La *r* se pronuncia como la doble *r* en *carreta* cuando aparece entre vocales (v.g., iría/irría) y al final de las palabras si la antecede una vocal fuerte (v.g., pagar/pagarr).
- La *r* se pronuncia con un sonido gutural en las palabras que terminan en “*r*” antecedita por vocal débil (v.g. locura/locugrra).

- Pronunciación de la *v* como *ʋf* (v.g., vale la pena/ **v**fale la pena).

Ejemplo: *“What I say iss, it iss all craziness to go to church and pay a preacher goot money to talk his nonsense. Say rather that he pay me to come and lissen, then I vill go!”* (p. 374)

–Lo que digo ess que ess una locugrra ir a la iglesia y pagarr a un predicadorr para que hable tonterrías. Ess como si él me pagarra por irr y escucharr, ¡así yo sí irría!— . (p. 76)

El traductor de textos literarios no puede hacer caso omiso de las variedades de lengua presentes en el texto original porque eso restaría credibilidad a sus personajes y a la obra que traduce. Las variedades de lengua hacen que los personajes y las situaciones parezcan reales y contribuyen al efecto del texto como unidad. Siguiendo el consejo de Catford (1965) y Lefevere (1992, p. 66), la tarea del traductor es identificar en la cultura meta un grupo social análogo al que se presenta en el texto original y representar la forma de hablar de dicho grupo.

## Conclusiones

El proceso de traducción y la investigación del presente trabajo de graduación han demostrado que una de las mayores dificultades de los textos literarios, desde el punto de vista de la traducción, es el hecho de estar inmersos en una cultura distinta y distante, lo cual crea todo un universo de referencias y alusiones a elementos ajenos a la cultura meta y, en muchos casos, al traductor. No obstante, esta extrañeza o lejanía cultural es lo que hace la lectura interesante y bella para el lector de la cultura meta y, a la vez, exige al traductor el conocimiento previo de la cultura de partida sea mediante la experiencia o mediante un arduo proceso de documentación.

La literatura es una puerta abierta hacia otras culturas y, por tanto, el traductor debe propiciar el contacto de la cultura meta con la cultura del texto original mediante la conservación de los elementos propios de la otra cultura.

El traductor logra conservar los elementos propios de la cultura de partida y hacerlos inteligibles para el lector de la cultura meta mediante la complementación y la compensación de las pérdidas de significado o efectos estilísticos.

1. La traducción literaria requiere de un análisis minucioso de los principales aspectos estilísticos y culturales del texto original, su función y sus repercusiones en el texto meta.
2. El traductor tiene la posibilidad y la obligación de preservar los rasgos propios de la cultura original para no privar al lector del conocimiento de otras visiones de mundo.

3. El traductor puede conservar los rasgos de la cultura meta de forma inteligible y natural en la lengua de llegada mediante las técnicas de explicación y compensación.
4. Aunque el tema de los adverbios se considera un tema agotado, los adverbios de modo constituyen un reto para el traductor debido a los distintos matices de significado que contienen y su frecuencia.
5. El presente trabajo de investigación proporciona al traductor un procedimiento para seleccionar con precisión el matiz de significado de los adverbios de modo del inglés.
6. La presente investigación ha permitido reunir los procedimientos naturales del español para expresar la función descriptiva y modificadora del adverbio de modo mediante otras categorías gramaticales (locuciones prepositivas y adjetivos).
7. El cuadro de adverbios presentado en el Capítulo II ofrece al traductor una herramienta de equivalencias en contexto para evitar el anglicismo de frecuencia.
8. Las variedades de lengua presentes en los textos literarios pueden conservarse y recrearse mediante la búsqueda de situaciones comunicativas análogas entre la cultura fuente y la cultura meta.
9. El análisis del contexto o situación comunicativa es fundamental en la traducción literaria ya que la selección de las equivalencias más precisas y eficientes dependen de este análisis.

10. El presente estudio constituye un punto de partida para la traducción directa e *inversa* de dialectos geográficos y sociales y acentos extranjeros, gracias a la recopilación de marcadores de las distintas variedades de lengua que aparecen en el texto original y de las técnicas empleadas para representar dichas variedades en la lengua meta.

Aun así, quedan muchos aspectos acerca de las variedades de lengua que podrían tratarse en futuras investigaciones como la sistematización de los marcadores de distintos acentos extranjeros en español o los efectos del género en los dialectos y registros.

## BIBLIOGRAFÍA

### Texto original

Barret, Eileen y M. Cullinan, eds. *American Women Writers: Diverse Voices In Prose Since 1845*. Nueva York: St. Martin's Press, 1992.

### Textos paralelos

Echeverría, Aquileo J. *Concherías*. San José: Editorial Costa Rica, 1995.

Fallas, Carlos Luis. *Marcos Ramírez*. San José: Editorial Costa Rica, 2000.

García Márquez, Gabriel. *Doce cuentos peregrinos*. Bogotá: La Oveja Negra, 1992.

### Diccionarios

Babcock Gove, Philip, ed. *Webster's Third New Internacional Dictionary of the English Language Unabridged*. Cologne: Könenmann, 1993.

Moliner, María. *Diccionario de uso del español*. Madrid: Gredos, 1998. Dos tomos.

Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*. Vigésima primera edición. Madrid: Espasa, 2000.

Williams, Edwin B., ed. *The Williams Spanish & English Dictionary (Expanded International Edition)*. Pennsylvania: McGraw Hill, 1978.

### Textos de referencia

Bassnett-McGuire, Susan. *Translation Studies*. Londres: Routledge, 1980.

Catford, John C. *A Linguistic Theory of Translation*. Londres: Oxford University Press, 1965.

Dianda Martínez, Ana María. "Intertextualidad y simbolismo: su importancia en la traducción y recreación del texto literario", en *Letras/Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje*. --Nº 32 --Heredia, C.R.: EUNA, 2000, pp. 91-105.

- Gáinza, Gastón. "La traducción de textos literarios", en *Escena: Revista de las artes/Universidad de Costa Rica, Vicerrectoría de Acción Social, Extensión Cultural*. Nº 25, San José: Oficina de Publicaciones de la Universidad de Costa Rica, 2002, pp. 49-58.
- Gapper, Sherry. "La traducción como campo de estudio: tendencias y posibilidades actuales", en *Letras/Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje*. --Nº 25-26 --Heredia, C.R.: EUNA, jul-dic 1990 ene-jun 1991, pp. 123-138.
- García Yebra, Valentín. *Teoría y práctica de la traducción*. Madrid: Editorial Gredos, 1997.
- Hatim, Basil y Ian Mason. *Teoría de la traducción: una aproximación al discurso*. Barcelona: Ariel, 1995.
- Isnardi, Gabriela. "Ideología y estética en la traducción literaria", en: Matamoro, Blas y Juan Malpartida, eds. *Cuadernos hispanoamericanos*. Madrid: IMPRESA, jun. 1998, pp. 31-39.
- Lefevere, André. *Translating Literature: Practice and Theory in a Comparative Literature Context*. Nueva York: The Modern Language Association of America, 1992.
- Mayoral Asensio, Roberto. "Comentario a la traducción de algunas variedades de lengua", en: Raders, Margit y Juan Conesa, eds. *II Encuentros complutenses en torno a la traducción*. Madrid: Editorial Complutense, 1990, pp. 65-71.
- Newmark, Peter. *Manual de traducción*. Madrid: Cátedra, 1987.
- Nord, Christiane. "La traducción literaria entre intuición e investigación", en: Raders, Margit y Julia Sevilla, eds. *III Encuentros complutenses en torno a la traducción*. Madrid: Editorial Complutense, 1993, pp. 99-109.
- ."Funcionalismo y lealtad: algunas consideraciones en torno a la traducción de títulos", en: Raders, Margit y Juan Conesa, eds. *II Encuentros complutenses en torno a la traducción*. Madrid: Editorial Complutense, 1990, pp. 153-162.
- . *Text Analysis In Translation*. Ámsterdam-Atlanta: Rodopi, 1991.
- Raders, Margit. "El análisis del texto: requisito de la enseñanza y de la práctica de la traducción", en: Raders, Margit y Juan Conesa, eds. *II Encuentros complutenses en torno a la traducción*. Madrid: Editorial Complutense, 1990, pp. 237-247.

- Real Academia Española. *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*. Madrid: Espasa-Calpe, 1991.
- Romaine, Suzanne. *Language in Society: An Introduction to Sociolinguistics*. Nueva York: Oxford University Press, 1994.
- Santoyo, Julio Cesar. "Prometeo de nuevo encadenado: la traducción/recreación literaria", en: Raders, Margit y Juan Conesaa, eds. *II Encuentros complutenses en torno a la traducción*. Madrid: Editorial Complutense, 1990, pp. 35-46.
- Seco, Manuel. *Gramática Esencial del Español: introducción al estudio de la lengua*. Madrid: Aguilar, 1972
- Valdivieso, Carolina, ed. *Literatura para niños: cultura y traducción*. Santiago: Ediciones Mar de Plata, 1991.
- Vázquez-Ayora, Gerardo. *Introducción a la Traductología: curso básico de traducción*. Georgetown: Georgetown University Press, 1977.
- Williams, Jenny y Andrew Chesterman. *The Map: A Beginner's Guide to Doing Research in Translation Studies*. Manchester: St. Jerome Publishing, 2002.
- Wuilmart, Françoise. "Especificidad y didáctica de la traducción literaria", en: Raders, Margit y Rafael Martín-Gaitero, eds. *IV Encuentros complutenses en torno a la traducción*. Madrid: Editorial Complutense, 1994, pp. 165-178.

### **Tesis consultadas**

- Badilla Gutiérrez, Rodolfo, traductor, *La saga de Erick el vikingo: la traducción de un comic de Terry Jones* (Universidad Nacional, Biblioteca Joaquín García Monge, Heredia, Tesis 4843, 2003).
- Chaves Solano, Magaly, traductora, *Que Dios te conceda cien hijos varones: viaje a través de la vida de las mujeres de la india, de Elisabeth Bumiller* (Universidad Nacional, Biblioteca Joaquín García Monge, Heredia, Tesis 2695, 1997).
- Dianda Martínez, Ana María, traductora, *La Casa Poseída de Shirley Jackson* (Universidad Nacional, Biblioteca Joaquín García Monge, Heredia, Tesis 3596, 1999).

Jaramillo Rojas, Marianella, traductora, *Darjeeling, de Bharti Kirchner* (Universidad Nacional, Biblioteca Joaquín García Monge, Heredia, Tesis 4831, 2003).

Smith Jenkins, LaBonnie, traductora, *Traducción y análisis comparativo de los cuentos criollos del Hermano Araña realizada por un hablante nativo del criollo limonense y otro por un hablante no nativo del criollo limonense de Siany Gordon Spence* (Universidad Nacional, Biblioteca Joaquín García Monge, Heredia, Tesis 3836, 2000).

## **Páginas Web**

Accent generalizations. Online. <http://classweb.gmu.edu/accent/generalizations>. 02 noviembre 2004

Bernárdez, Enrique. La desaparición de la variedad lingüística en el doblaje cinematográfico. El trujamán. Centro Virtual Cervantes. Instituto Cervantes (España). 22 noviembre 2002. Online. <http://cvc.cervantes.es>. 04 noviembre 2004

Dialect map of American English. Geocities. Online. [www.geocities.com/Broadway/1906/dialects.html](http://www.geocities.com/Broadway/1906/dialects.html). 01 noviembre 2004

Los géneros literarios. Zona Profesores. Proyecto Cíceros. 02 junio 2002. Online. <http://iris.cnice.mecd.es>. 07 setiembre 2004

Glosario de nombres bíblicos  
[www.nacionsanta.com](http://www.nacionsanta.com)

Glossary. The Language Samples Project. 2001. Online. [www.ic.arizona.edu](http://www.ic.arizona.edu). 02 noviembre 2004

Linguistics 2001: The Dialects of American English. Online. <http://pandora.cii.wvu.edu/vajda/ling201/test3materials/AmericanDialects.htm>. 01 noviembre 2004

Plymouth Rock. Pilgrim Hall Museum: America's museum of Pilgrim possessions. 14 julio 1998. Online. [www.pilgrimhall.org/Rock.htm](http://www.pilgrimhall.org/Rock.htm). 04 junio 2004

Regional vocabularies of American English. Wikipedia, the free encyclopedia. 02 octubre 2004. Online. [http://en.wikipedia.org/wiki/Regional\\_vocabularies\\_of\\_American\\_English](http://en.wikipedia.org/wiki/Regional_vocabularies_of_American_English). 02 noviembre 2004.

Salvucci, C. Linguistic Geography of the United States. Evolution Publishing/  
American Dialect Homepage. 1999. Online. [www.evolpub.com](http://www.evolpub.com).  
01 noviembre 2004.

Apéndice: Texto original